

SANGRE EN UN CRANEO

CURTIS GARLAND

—¿Qué vio, señorita? ¿Qué puede ser peor que un nuevo cadáver bañado en sangre?

—Era…, era la calavera…

—¡La calavera!

—Les juro que era cierto. No me creerán, pero…, ¡pero vi un cráneo humano, moviéndose por el suelo, como si estuviese vivo…, alejándose de la mujer muerta! ¡Luego vino hacia acá, como persiguiéndome a mí! ¡Era un cráneo, una cabeza descarnada y horrible, dotada de movimiento, de vida! ¡Les juro que era eso!

—Absurdo, por Dios —rechazó él, pálido, pero con gesto incrédulo—. Sin duda, su imaginación le jugó una mala pasada… No pudo ver un disparate así… ¡Es imposible!

—¡No lo es! —clamó ella, exasperada—. ¡Lo vi tan claramente como ahora les veo a ustedes dos! Es más, cuando oí la rotura de vidrios abajo, y sentí sus pisadas, su modo de aproximarse hasta aquí… estaba segura de que no era un ser humano moviéndose por mi casa…, sino la propia calavera andante…



Curtis Garland

Sangre en un cráneo

Bolsilibros: Selección Terror - 172

ePub r1.0
xico_weno 17.10.17

Título original: *Sangre en un cráneo*
Curtis Garland, 1976
Ilustraciones: Alberto Pujolar

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2



… Pero, desde entonces, es muy raro que duerma bien de noche. De cualquier lado que me vuelva, hay siempre un rostro que me hostiga. Y una risa histérica resonará para siempre en mis oídos.

«La caja oblonga», Edgar Allan Poe

CAPÍTULO PRIMERO

Páginas de un diario (I)

CREO que nunca olvidaré el rodar de aquel carruaje sobre el desigual empedrado. Nunca dejaré de recordar, mientras viva, el golpeteo seco de los cascos de los caballos en las empinadas callejuelas mojadas y resbaladizas. Ni el traqueteo irritante y molesto del vehículo, sobre sus bien templadas ballestas que, pese a todo, no disminuían lo más mínimo las incomodidades del largo viaje.

No, nunca podré apartar de mi memoria esos recuerdos. Por entonces, no tenían nada de obsesivos los hechos, ni la situación, aparte las molestias propias de un largo desplazamiento, ofrecía el menor aspecto inquietante. Pero ahora, pasado todo este tiempo, vuelvo la vista atrás, evoco aquellos momentos… y un terrible escalofrío sacude mi ser, un instintivo horror me invade, y deseo no recordar más, no volver a vivir, ni siquiera mentalmente, todo cuanto sucedió después de dirigirme yo a Hetzgerstein, acaso en mala hora…

Pero no quiero anticiparme a los acontecimientos. No es la mejor forma de iniciar la escritura en este Diario que comienzo ahora, y en el que deseo dejar constancia, cuando menos, de todo lo que me rodeó en aquellas circunstancias terribles y alucinantes.

Tal vez nunca debí ir a Hetzgerstein. No había oído hablar nunca de aquel lugar antes de ese momento… y mejor hubiera sido para mí seguir sin escuchar su nombre ni conocer siquiera su existencia.

Pero lo cierto es que las cosas no sucedieron así, y debo aceptar mi destino tal y como yo mismo me lo tracé. Cúlpese de ello, si se quiere, al escaso caudal que mis familiares me dejaron, y a la no demasiado brillante suerte que, como médico y cirujano, tuve en mis inicios, apenas obtenido el título.

La gente ha sido siempre conservadora, cuando menos en mi

época, y le cuesta dejar de confiar en un viejo médico anticuado, para confiar a cambio en un joven desconocido, de flamante título profesional. Y así me lucía el pelo, en el momento en que supe lo de mi herencia.

—¿Herencia? —dije, pegando un brinco, y contemplando a mi visitante, justo cuando estaba preguntándome qué diablos haría para pagar una renta de veinte guineas, unos gastos diarios para mantenerme y vestir decentemente, y las diez guineas mensuales que me costaba el arrendamiento de la caballeriza y el cuidado de mi caballo en el establo anexo, con sólo tres pacientes a la semana, de término medio—. ¿Qué herencia?

El hombre me contempló con una media sonrisa, cruzándose de piernas. Vestía una impecable levita, y el sombrero que sostenía sobre sus bien planchados pantalones, que se ceñían a sus largas piernas hasta casi cubrir los botines charolados, era una prenda de peluche azul marino, con reflejos y alta chistera. Un sombrero de, al menos, ocho guineas. No podía evitar pensar en el precio de ciertas cosas. Las guineas, últimamente, eran mi obsesión. Un hombre que ha vivido siempre holgadamente, pensando que sus padres eran sumamente ricos o, cuando menos, de acomodada posición, conoce sin duda una amarga experiencia al verse frente a frente con la realidad y saber que, por desgracia, su herencia paterna no llega ni siquiera a una pequeña renta vitalicia de veinticinco guineas mensuales. Demasiado poco para un médico cirujano sin clientela.

—Una herencia de la que usted, posiblemente, no tuvo nunca la menor idea —sonrió el visitante, dándose importancia.

—Puede estar seguro de que tampoco la tengo ahora —fue la seca respuesta que se me ocurrió darle—. De modo que, si no le importa, explíquese. Me irritan los rodeos.

—Ah, jóvenes de hoy… —murmuró, con gesto de paternal comprensión—. La vida va demasiado deprisa. ¿Sabe que van a quitar cualquier día el alumbrado de gas para sustituirlo por unas horribles lámparas eléctricas que ha inventado un tal Edison en América? Dará usted a una llave y podrá dar luz a toda una ciudad, o poco menos. ¡Qué vida esta de hoy, muchacho!

Dominé como pude mi disgusto. No me gustaba que me llamaran «muchacho», a pesar de mis veintitrés años escasos. Para eso tenía un nombre. Y un título. Cuando menos, pudo dirigirse a

mí con el apelativo de «doctor». Creo que nunca había simpatizado con los abogados. Ahora, todavía menos. Porque la tarjeta de visita de aquel hombre, indicaba claramente su nombre y profesión:

LAWRENCE R. GODWIN

ABOGADO

—De modo que esa herencia… ¿qué es exactamente? —quise saber.

—Una propiedad, amigo mío —sonrió, como si me dijera con ello que poseía millones—. Una propiedad en un hermoso lugar. Una finca valiosísima… y un legado en dinero en el Banco de la misma localidad. Un dinero que, naturalmente, sólo será suyo cuando entre en posesión de la citada finca y habite en ella. Es condición imprescindible para aspirar a ambas cosas.

—Entiendo —medité, tratando de disimular mi excitación—. ¿Una suma considerable, acaso?

—No puedo decírselo. Sencillamente, lo ignoro. El legado de su tío no especifica nada de eso. Sólo cita su propiedad… y la cuenta corriente número 308, del Banco Comercial de determinada ciudad, que pasará automáticamente a su nombre con todo cuanto haya en ella. Desde luego, con la condición previa de que acepte morar en la mansión.

—Ha… Ha hablado de un tío mío… —le señalé, profundamente intrigado—. ¿Quién, señor Godwin? Yo no sabía de la existencia de tío alguno…

—Es fácil de explicar. Su propio tío lo aclara en su legado —sonrió afablemente el abogado—. Hace muchos años que abandonó Inglaterra para buscar fortuna en otros países. Y finalmente, parece que logró hacerla. Estuvo casado con una dama alemana, y residió desde entonces en la propia Alemania, cerca de la frontera eslava.

—Alemania… ¿Es allí donde está la propiedad que usted cita?

—Exacto. En un pequeño lugar, casi una aldea, llamado Zwickberg, no muy lejos de Dresden, y como ya le dije, a escasas millas de territorio eslavo, en Sajonia.

—Cielos, eso está muy lejos —me quejé—. Demasiado lejos para mí. ¿Qué haría yo en un pueblo alemán, siendo médico cirujano inglés? No tiene mucho sentido…

—Supongo que la herencia le bastaría para vivir, sin necesidad de ejercer su carrera, doctor —suspiró el abogado londinense con

aire apático—. A fin de cuentas, aunque no hable usted alemán, el bisturí y el diagnóstico no necesitan de ello para atinar. Hasta es posible que se haga una clientela.

—Hablo algo de alemán —repliqué secamente—. No de modo perfecto, pero sí para defenderme, señor Godwin. Lo que ocurre es que me gusta mi país. No me seduce la idea de abandonarlo por largo tiempo, para residir obligatoriamente en un paraje alemán que desconozco por completo.

—Pues renuncie a la herencia, en ese caso —dijo Godwin, encogiéndose de hombros—. Es su único medio de evitarlo. Si quiere el legado de su tío Eric, tendrá que aceptar la condición previa para percibirlo en su totalidad.

—Mi tío Eric… —arrugué el ceño, recordando—. Hum, es posible que ahora recuerde mejor. Sí… Eric Harding… Hará más de cuarenta años que abandonó Inglaterra. Yo ni siquiera había nacido por entonces. ¿Por qué se acordó de mí en su legado?

—Parece que sus padres le hablaban de usted en las pocas cartas que se escribieron en esos años. Simpatizó con su único sobrino, ya que no tuvo hijos, según parece, y optó por nombrarle heredero.

—¿Por qué esa condición de residir en su finca obligatoriamente?

—De su legado se desprende que su gran amor, después de su difunta esposa, ha sido durante toda su vida la finca que les sirvió a ambos de morada: Hetzgerstein, en Zwickberg. Y desea que la finca sobreviva, que vuelva a ser habitada por alguien de la familia Harding… No me pregunte las razones. La mente y los sentimientos de su tío Eric, desgraciadamente, se fueron con su vida, y ya nadie podrá penetrar en ellos. Lo único cierto es que, según el documento por él extendido, usted es su único heredero, y entrará en posesión de la mansión de Hetzgerstein y de la cuenta bancaria, justo al cumplirse la primera semana de estancia en la finca. Pero, eso sí, comprometiéndose al mismo tiempo a morar allí por un año como mínimo.

—Un año… Es mucho tiempo.

—Lo comprendo. Al final de ese tiempo, será ya heredero en firme. Si antes de esa fecha abandonase Hetzgerstein, automáticamente anularíamos el legado, y todo pasaría a propiedad del Gobierno alemán. Ésas son las condiciones.

—Ya veo… —reflexioné, poniéndome en pie. Paseé, algo nervioso, por el gabinete de mi residencia de Harley Street[1]—. De todos modos, un viaje a Alemania requiere gastos, dinero que yo quizá no pueda invertir en estos momentos…

—No se preocupe por eso —sonrió el abogado—. Doctor Harding, el legado posee un anexo en forma de suma a emplear en desplazamientos y demás detalles. No es mucho, debo confesárselo. Solamente doscientas guineas en metálico, que le serán entregadas junto con un pasaje en barco hasta Francia, doctor. Eso si acepta las condiciones del testamento, como es natural.

Me quedé dudando. Miré al exterior, lluvioso, frío y con bruma. Había muchos londinenses resfriados o griposos en estos días, pero nadie llamaba a mi puerta en las horas de consulta, salvo alguno que otro que carecía de médico titular. Y éstos eran, desgraciadamente, muy pocos.

La idea de un invierno en Londres, con escasa clientela, pocos fondos de reserva y demasiados gastos y deudas pendientes, no me resultaba nada halagüeña, para ser sinceros.

Quizá por eso, tomé con rapidez mi decisión. Con demasiada rapidez, sin duda, a juicio del señor Godwin, porque le vi enarcar las cejas y mirarme sorprendido cuando yo le contesté, volviéndome hacia él, mis manos cruzadas a la espalda:

—Está bien. Iré a Alemania. Acepto las condiciones del testamento de mi tío Eric…

Y así comenzó todo para mí.

El viaje no ofreció demasiadas emociones, ni yo tampoco podía esperarlas.

Un barco desde Dover a Francia, el ferrocarril a través de tierras francesas, y parte de las alemanas, por paisajes fríos, a veces gélidos, nieve abundante y condiciones meteorológicas adversas, que hacían poco confortable el vagón de ferrocarril, destartalado e incómodo.

Finalmente, un último trecho en carruaje, a través de unas regiones abruptas y difíciles, hasta que alguien comentó:

—Estamos llegando a Zwickberg. En menos de una hora estaremos allí… ¡Uf, peste de lugar! No me gustaría por nada del mundo quedarme allí, señores…

Fue la primera noticia que tuve de que algo andaba mal en

Zwickberg. Pero era tan poco, y tan inquietante a la vez para mí que, sorprendido, me apresuré a replicar al viajero de la diligencia que hablara de ese modo:

—¿Por qué no le gustaría quedarse, señor? ¿Tan poco agradable es el lugar?

—¿Poco agradable, dice? —El hombre me miró, asombrado. Era gordinflón, de mejillas muy rollizas y coloradas—. No puedo saberlo, porque nunca me detuve en él más de lo que tarda esta diligencia en reanudar la marcha.

—¿Entonces…?

—Oh, ya veo. Usted es extranjero. Habla bien el alemán, pero no hay duda de que es de otro país. ¿Inglés, tal vez?

—Inglés, sí.

—Lo debí imaginar. Tiene usted todo el aspecto de un joven inglés culto y adinerado, señor…

—Joven e inglés, sí. Culto… quizá. Pero adinerado… —Sonreí, sacudiendo la cabeza—. De eso, nada en absoluto. Lo cierto es que soy médico. Y voy a quedarme a residir en Zwickberg…

—¿Cómo? —saltó otro viajero, mirándome asombrado—. ¿Que se queda usted en Zwickberg? ¿Como médico? ¿Qué le ocurre, entonces, al viejo doctor Heinrich? Además, no creí que a los habitantes de la población les gustase demasiado un médico extranjero… Perdone, no trato de ofenderle. Sólo que conozco bien a mis conciudadanos y por eso hablo.

—¿Usted es de Zwickberg? —Le miré, pensativo.

—Sí, lo soy. Pero llevo tiempo ausente. Ahora regreso allá… —El hombre era alto, delgado y muy rubio, de cabellos casi blancos de puro claros, muy lacios y escasos, sobre la frente abombada. Sus ojos eran de un azul acuoso, muy redondos, y tenía boca y mentón caballunos. Vestía ropas oscuras y, al parecer, de buena calidad. Estaba mirando al viajero gordinflón y saludable cuando se expresó con tono más seco—: He oído lo que dijo antes, caballero. ¿Por qué no le gusta Zwickberg, sin conocerlo siquiera?

—¿Y usted me lo pregunta? —El otro viajero le contempló, sorprendido—. Usted debe saberlo muy bien, puesto que procede de ese lugar…

—Me gustaría oírselo a usted —apuntó el desconocido—. Y creo que también a nuestro joven compañero de viaje, el doctor inglés,

también le gustaría, puesto que se dirige a Zwickberg y su comentario ha debido impresionarle, sin duda alguna…

—Está bien —el tipo de las mejillas rollizas y coloradas, soltó un resoplido. Pero miró hacia mí en vez de hacerlo hacia el otro—. En ese pueblo existe un lugar maldito. Se llama Meinsterhaus.

—¿Maldito? —le observé, perplejo—. ¿Alguna leyenda quizá?

—Yo diría que es más que una leyenda —rezongó el hombre—. El barón Konrad Meinster fue el fundador de esa dinastía y levantó la mansión de su nombre. Desde entonces existe la mala fama de ese pueblo.

—¿Qué mala fama es ésa? —me interesé vivamente, más por curiosidad que por inquietud o temor.

—No me gusta hablar de ello, *herr* Doktor —observó mi interlocutor, tragando saliva con dificultad. Ahora sí miró al nativo de Zwickberg, con cierta indecisión, antes de añadir—: Es una triste, una sombría historia que produce escalofríos. Una familia cuyo fundador fue muerto violentamente, maldiciendo a sus descendientes y a sus ejecutores a unos por cobardes, al no defenderle, y a otros por ser responsables directos de su terrible muerte, no puede guardar hermosos recuerdos del pasado. Pero cuando esa maldición subsiste en nuestros tiempos y ejerce su nefasta, extraña influencia sobre los que ahora viven, la cosa se convierte en algo estremecedor.

—¿Una maldición que persiste hoy en día? —dudé, escéptico siempre en tales cosas.

—Le parecerá un simple cuento de viejas, doctor, pero es la verdad. La maldición de los Meinster existe.

Prueba de ella es el abandono en que se halla Zwickberg, su ambiente triste y opresivo, sus gentes sin alegría ni esperanzas… Y se dice…, se dice también que muchas cosas inexplicables han sucedido ahí últimamente, sin que nadie quiera decir exactamente cuáles, ni hablar de ello a los forasteros. Pero yo sé…, yo sé que incluso ha corrido sangre humana a causa de la maldición del barón Konrad Meinster…

—¿Sangre humana? —Era el natural de Zwickberg quien parecía irritado por el comentario y replicaba a él vivamente, casi con disgusto—. Eso es absurdo. Tengo amigos que me hubieran hablado de ello. Y nadie me dijo nada en los años que falto de aquí…

—Tal vez no se atrevieron a hablar de ello. O no les gustó el tema. Pero sucedió…

—¿Qué sucedió? —me interesé—. ¿Murió alguien?

—Siempre muere alguien cuando corre la sangre —la sentencia del hombrecillo gordinflón era pretenciosa, y un tanto oscura—. Más de uno ha muerto en ese pueblo. Todos lo sabemos. Y sus muertes no estuvieron claras. Por eso es preferible pasar de largo…

—Eso no tiene mucho sentido, señor —protestó el otro viajero —. ¿Habla de muertes violentas?

—La muerte violenta es lo que provoca sangre derramada —eludió el otro una respuesta concreta.

—¿Qué clase de muerte violenta? ¿Asesinato? —insistió su interlocutor con acritud.

—Si lo que no existe, lo que es de otro mundo puede asesinar… entonces… sí. Es asesinato —afirmó rotundo el hombrecillo obeso, casi desafiando al enlutado viajero.

Éste permaneció callado, como meditando tan extrañas palabras. Yo, sorprendido, intervine con insistencia:

—¿Lo que no existe? ¿Lo de otro mundo? —repetí—. ¿A qué se refiere? Parece un relato de difuntos…

—Es un relato de difuntos —afirmó el viajero de mejillas coloradas, resoplando—. ¿Es que no sabe acaso que el barón Konrad Meinster fue decapitado por endemoniado y después todo lo que ha ocurrido se atribuye a…?

Esperaba saber, por fin, cuál era la leyenda que daba tan mala fama a un pueblo insignificante, olvidado incluso. Pendiente de las palabras de mi rollizo compañero de viaje, ni siquiera me di cuenta de lo que sucedía.

Pero de repente, alguien gritó allá afuera. Nuestro carruaje osciló violentamente, terminando por volcar, con horrible estrépito. Me sentí confundido entre los demás viajeros mientras todos rodábamos dentro del vehículo y, al abrirse la puerta en la caída, saltábamos afuera con violencia, golpeando en las piedras y arbustos del abrupto sendero oscuro.

Los golpetazos me aturdían, hasta el punto de casi perder la noción de cuanto me rodeaba. Pero en aquella confusión, algo destelló ante mí, vívidamente, antes de hundirme en una especie de somnolienta inconsciencia, provocada por los golpes en mi cabeza.

Creí oír una extraña, aguda risa, hueca y profunda, llegando de algún lejano confín. Y casi al mismo tiempo, un rostro, una faz cadavérica, de horrenda mueca descarnada, flotó ante mí en las profundas sombras de la noche.

Sentí que algo me salpicaba. Extendí mis manos, aturdido, y noté algo rojo y espeso, goteando de ellas. Mis dedos chorreaban una materia escarlata que temí definir. Pero que parecía sangre…

Luego, mi cabeza cayó y golpeó de nuevo los pedruscos del sendero. Y perdí el sentido.

CAPÍTULO II

Páginas de un diario (II)

NO. NUNCA olvidaré la entrada del carruaje en Zwickberg. Nunca sabré con certeza por qué acepté ir a hacerme cargo de Hetzgerstein.

Pero lo cierto es que lo hice. Y ahora ya no podía volverme atrás. Había llegado a mi destino. La diligencia rodaba por las callejuelas empinadas del pueblo de Sajonia.

Los viajeros nos contemplábamos en silencio, impresionados todavía por lo sucedido recientemente en el recorrido, a menos de una hora de distancia de los arrabales del pequeño pueblo alemán.

No hablábamos. No habíamos hablado apenas desde el accidente. No por el accidente. No por la rueda que se desprendió de su eje. No por el sobresalto al caer. Todo eso había quedado atrás. La rueda se reparó. El carruaje rodó de nuevo. El susto pasó ya.

Pero lo otro… no.

Lo otro seguía allí, con nosotros. En el carruaje. Con una presencia quieta, silenciosa y terrible. Con la inmovilidad y el mutismo de lo inerte, de lo que no existe.

Era como un peso sobre todos nosotros. Una losa sobre nuestro ánimo, profundamente impresionado, sin duda alguna, por todo lo acontecido. Aunque no hubiese podido estar seguro de lo que pensaba el alto hombre de caballuno rostro y lacio pelo albino, de oscuras ropas, cuya expresión era absolutamente hermética y distante.

Porque el accidente y el sobresalto, con ser notables, nada significaban ya para mí ni, posiblemente, para muchos de mis compañeros de viaje.

Pero el hecho de llevar con nosotros un hombre muerto era diferente.

Y que ese cadáver perteneciese al hombre rechoncho, afable y

carilleno, de rojas mejillas, bañado en sangre por una misteriosa herida que ninguno podíamos comprender, pero que casi separaba su cabeza del tronco, agravaba aún más la alucinante situación de todos nosotros, cuando la diligencia alcanzó las calles empedradas y desiguales de Zwickberg…

Su nombre era Otto Lorenz. Era pequeño e insignificante de aspecto. Rechoncho y de rostro en forma de pera, sin apenas cabellos en su cráneo puntiagudo, casi resultaba cómico. Pero había algo en él que no provocaba la risa. Algo quizá en el fondo de sus ojos, grises y pequeños, como dos trozos de granito salpicados de una piedra, o como dos puntas de agua, prestas a hincarse en uno hasta el fondo de su cerebro.

Vestía un uniforme casi de opereta, eso es cierto, quizá para darse la necesaria importancia, como jefe de la policía de Zwickberg, aunque no tardé en saber que sólo era jefe de sí mismo, ya que no había otro policía en el pueblo, salvo el propio oficial Lorenz, como le gustaba ser llamado. Si en alguna ocasión, requería ayuda para su trabajo, le bastaba con llamar a cualquier ciudadano e investirle accidentalmente del cargo de alguacil. Aparte de eso, había un jovenzuelo larguirucho y bobalicón que me franqueó el paso hasta el oficial Lorenz. Y lucía muy orgulloso una insignia de alguacil, aunque no creí que fuese capaz de hacer otra cosa que limpiar el pequeño edificio destinado a puesto oficial y juzgado, recibir a las visitas y, tal vez, traerle el correo y el periódico a su jefe.

Escuchó la historia en silencio, contemplándome atentamente, como si en mi rostro estuviera la explicación de todo aquello. Tras una pausa, se limitó a comentar en un alemán fuerte y adusto:

—De modo que usted es médico cirujano. Y viene de Inglaterra…

—Exacto, oficial —asentí.

—Y viene a Zwickberg por una herencia…

—Eso es.

—La herencia de Eric Harding: Hetzgerstein.

—Sí.

—¿No estuvo nunca en Alemania antes de ahora?

—Nunca, oficial.

—Habla bien el alemán para no haber estado jamás aquí…

—Uno de mis profesores de cirugía era de Leipzig. Un gran cirujano y un hombre excelente. Aprendí con él. Luego, he procurado leer y perfeccionar algo el alemán, aun sin pensar nunca que tendría que utilizarlo prácticamente. Tal vez era una premonición.

—Tal vez. Pero yo no creo en premoniciones —me objetó secamente. Luego, cambiando de tema con una volubilidad sorprendente, se quedó mirándome con aquellos inquisitivos ojos suyos, color de acero y me espetó—: Clínicamente… ¿cómo explica usted la muerte súbita de ese viajero?

—Clínicamente, oficial, como degollamiento. Tiene un corte que le llega de oreja a oreja. Hendió sus carótidas. Debió fallecer casi inmediatamente de sufrirlo.

—Pero usted afirma que no vio a nadie esgrimir arma alguna. Ni el hombre gritó…

—Pudo gritar, pero como cualquiera de nosotros, por el simple sobresalto al caer con el carruaje. Sin embargo, sigue resultándome casi imposible que, en aquellos breves segundos, alguien del carruaje esgrimiese un arma blanca y… y cortara la garganta del viajero.

—Sin embargo, doctor… es lo que sucedió —una indefinible sonrisa flotó en los labios delgados del oficial Lorenz.

—Sí —suspiré, bajando la cabeza con desaliento—. Es lo que sucedió…

Siguió otro silencio. El policía de Zwickberg parecía meditar. Yo estaba tan confundido ahora como durante el viaje. El caso continuaba sin ofrecer solución lógica.

—Si nadie del carruaje mató al viajero, y al caer la diligencia, usted ya notó sus manos empapadas de sangre y se encontró de manos a boca con el hombre degollado…, ¿qué pudo suceder, en buena lógica, doctor?

—No lo sé —confesé—. Por Dios que no lo sé, oficial.

—Ustedes, los ingleses, son muy dados a imaginar cosas fantásticas —sonrió distraído el policía local—. Practican espiritismo, creen en brujas y aceptan lo sobrenatural, según he leído.

—No todos, oficial —rechacé—. Soy médico. No puedo aceptar supercherías, sino hechos concretos.

—Ya. Pero según usted, en ese suceso no existe hecho concreto alguno…

—Existe uno, oficial: que un viajero fue asesinado.

—Asesinado… —Enarcó sus cejas rubias, sorprendido. Su mirada se hizo taladrante—. ¿Por qué está tan seguro de eso, doctor?

—Por una razón muy sencilla, oficial: nadie se suicida cortándose el cuello de lado a lado. El impulso humano no llega tan lejos, a menos que utilice una hoz o guadaña para degollarse. Y no es un modo habitual de suicidio. Tampoco el hombre parecía nada dispuesto a suicidarse. El accidente de la diligencia ocurrió cuando nos estaba contando algo sobre la mala fama que tiene el pueblo de Zwickberg…

—¿Ah, sí? —El oficial me contempló con creciente interés—. ¿Qué clase de mala fama, doctor Harding?

—Bueno, algo relativo a un hombre decapitado, a una maldición… y un asesinato que sólo se podía atribuir a… a causas sobrenaturales —me interrumpí, sorprendido, fuertemente impresionado, al evocar por vez primera de qué se hablaba en el carruaje cuando todo sucedió.

—¿Qué le pasa, doctor? —Pareció burlarse el policía alemán—. Parece demudado… ¿Acaso le impresiona la coincidencia con su charla de entonces? Creí haberle oído decir que usted, como médico, no acepta supercherías…

—Lo siento. No había recordado lo que se hablaba allí entonces. Tal vez eso me ha sobresaltado un poco, pero ciertamente no puedo relacionarlo con lo sucedido. Insisto en que tuvo que ser un crimen. Descarto por completo la idea de suicidio o accidente. No es posible.

—¿Ni siquiera el accidente? Algo cortante, quizá, en el carruaje o en el camino, cuando el infortunado viajero cayó…

—No, oficial —negué, rotundo—. He observado el cadáver. Recuerde que soy médico y cirujano. Lo que segó ese cuello no eran piedras ni objeto alguno que no se trate de un filo agudo, un acero muy afilado y rápidamente utilizado…

—Ya —el oficial Lorenz se incorporó. Paseó por la estancia, pensativo, con las manos a su espalda. Le oí murmurar, mientras daba sus zancadas—: Un asesinato… Un viajero que nadie conoce

en Zwickberg… Casi le decapitaron…

Se volvió bruscamente a mí. Me miró, penetrante, como airado. Y repitió:

—Casi decapitado, ¿se da cuenta? Lo que él contaba en esos momentos… se hizo realidad. Y sin embargo, ninguno de ustedes le oyó gritar. Nadie oyó nada especial…

Hice un gesto. De pronto había recordado algo: una risa. Una extraña risa demoníaca en alguna parte. Y un rostro horrible, apenas entrevisto. Pero todo eso sucedió cuando yo me desvanecía. Tal vez sólo fueron imaginaciones mías. Me detuve y no dije nada. Él se dio cuenta de eso.

—¿Qué le ocurre? ¿Iba a decir algo, doctor? —me apremió.

—No, nada —suspiré—. Iba a comentar algo, pero creo que lo olvidé…

Seguía mirándome. No sé si me creía o no, pero no hizo comentarios esta vez. Por el contrario, con cierta brusquedad, se expresó, mostrándome la salida:

—Es todo, doctor. Puede irse. Si le necesito, volveré a llamarle. Ahora debo hablar con ese hombre que ha vuelto a Zwickberg después de varios años de ausencia, su otro compañero de viaje. Imagino que me dirá lo mismo que usted, pero debo preguntar a todos en busca de una explicación a los hechos. ¿Se alojará en la fonda local?

—Sólo por esta noche —asentí, incorporándome—. Mañana trataré de habitar de modo definitivo en Hetzgerstein.

—¿De veras va a hacerlo?

—Sí —afirmé, tratando de saber cuál era la causa de su reticencia al preguntar—. ¿Lo duda usted, oficial Lorenz?

—No, no lo dudo —sonrió, evasivo—. Los ingleses creo que son muy obstinados, doctor.

—Lo somos —asentí—. En todo, oficial.

—Buenas noches, doctor Harding. Por favor, dígale al señor Helmut Skratz que espera ahí afuera, que haga el favor de entrar… Él es quien viajaba con usted, ese caballero alto, de pelo albino y ropas enlutadas… Ah, por cierto, antes de que alguien le informe y le provoque otro sobresalto… Le diré que ese caballero pertenece a la familia Skratz. Y esa familia, según la leyenda, es la que recibió la maldición del decapitado…

Salí en silencio del despacho. Tras de mí, el oficial Lorenz se quedaba, con su sonrisa de suficiencia, acaso también de sarcasmo.

La fonda local, la única de Zwickberg, no era precisamente una maravilla de comodidades. Pero servía para una noche. Y además, era todo lo que podía encontrar.

Greta Hildern, su propietaria y único servicio, al parecer, me acogió con cierta cordialidad. Era una joven alemana de cuerpo vigoroso y exuberante, muy rubia y con grandes ojos azules. Me proporcionó una habitación, diciéndome que hubiera sido esa noche el único huésped, de no ser por el suceso de la diligencia. El oficial Lorenz había dispuesto que los cuatro viajeros supervivientes del carruaje y su postillón, nos quedáramos a pernoctar en Zwickberg, para iniciar las diligencias sobre el caso. Al parecer, mis compañeros de viaje, con la excepción de Helmut Skratz, habían acogido la orden policial con bastante mal humor.

—Espero que la cena les devuelva el optimismo —sonrió ella, guiñándome un ojo, mientras subía delante mío, hacia la planta alta —. ¿Usted va a cenar también?

—Sí, por favor. Luego, me retiraré enseguida a descansar. El viaje ha sido muy fatigoso.

—Lo creo. Es usted extranjero, ¿verdad? —Se volvió a mirarme, ya en el último escalón, y la opulencia de su silueta se recortó contra la luz de un quinqué colgado del techo en el piso alto.

—Lo soy —asentí—. Inglés. Vengo de muy lejos, como comprenderá.

—Inglés… —suspiró, estudiándome curiosa—. Entonces debe ser el nuevo dueño de Hetzgerstein…

—Lo soy —afirmé—. Mañana iré a residir a mi casa.

—¡Dios del cielo…! —Hizo un gesto de asombro—. ¿Mañana? ¿Va a atreverse a semejante cosa, señor?

—¿Por qué no? —La observé, sorprendido—. ¿Tiene algo de raro que ocupe Hetzgerstein? Si acaso tiene polvo, suciedad y abandono, puedo irlo arreglando sobre la marcha, eso no me quitará el sueño.

—No me refería a eso, señor, sino a… a sus vecinos…

—¿Vecinos? —Fruncí el ceño. Aquella moza rubia y saludable hablaba de cosas que yo no entendía bien—. ¿Qué pasa con mis vecinos?

—Creí que se lo habrían dicho —se persignó bruscamente, antes

de seguir hacia la habitación destinada a mí—. Es Meinsterhaus la casa vecina a la suya… La morada de un hombre decapitado, cuya maldición pesa aún sobre todos nosotros, señor…

Esa misma noche había empezado ya a sentir algo muy parecido al odio por mi pobre tío Eric. Y por momentos se me iba haciendo más indignante su modo de obrar conmigo.

De modo que era eso… Hetzgerstein tenía una pésima vecindad: nada menos que… la mansión maldita. Meinsterhaus. De ella hablaba el viajero cuando… cuando ocurrió aquello. De Meinsterhaus y de un hombre decapitado…

Yo no quería creer en leyendas ni maldiciones. De hecho, no creía. Pero el oficial Lorenz había tenido razón en algo: los ingleses eran muy crédulos en ese sentido. Yo, sin embargo, como hombre dedicado a la ciencia, había rechazado siempre, por principio, todo lo que significara irrealidad, todo lo que no pudiera explicarse mediante la pura y fría lógica de la razón.

Sin embargo, lo sucedido en la diligencia no tuvo lógica alguna. Ni explicación razonable, por el momento. Pero estaba seguro, en mi fuero interno, de que tarde o temprano, todo se explicaría de un modo razonable. No podía ser de otro modo.

Es cierto que la cena me devolvió parte del humor perdido. Incluso a mis compañeros de viaje, forzados a quedarse en Zwickberg, les confortó y animó, al menos lo suficiente para prolongar la sobremesa en el comedor, al amor del fuego que chisporroteaba en el hogar, pidiendo incluso más café, y fumando unas pipas o cigarros durante la velada.

Solamente Helmut Skratz, el hombre alto, enlutado, de lacio pelo albino y cara caballuna, permaneció alejado de nosotros, sentado ante el fuego, apenas hubo terminado de cenar, y sumido en un hosco silencio. Rechazó tabaco y café por igual.

Se habló, naturalmente, del hombre muerto. Se llamaba Zoltan Vary, era eslavo, y se dirigía a Praga. Un destino al que ya jamás llegaría. Nadie sabía que tuviera relación alguna con Zwickberg, salvo por haber pasado por allí a veces, ya que viajaba con frecuencia. Era representante comercial. Nadie sabía nada más de él.

Comprobé que todos estaban tan ignorantes como yo sobre lo sucedido. Nadie había visto nada, nadie oyó grito anormal alguno,

ni descubrió la menor huella de un arma blanca, y menos de las dimensiones que, forzosamente, había de tener la que degolló al infortunado Vary.

Me puse en pie, dejando que charlaran entre sí los otros dos viajeros y el postillón. Éste había pedido a Hilde, la rubia hostelera, una copa de aguardiente de la región. La velada llevaba trazas de prolongarse todavía. Se apreciaba cansancio en los rostros. Pero quizá todos temían un poco el momento de quedarse solos, de acostarse e intentar conciliar el sueño…

Me acerqué al fuego de la chimenea. Skratz no levantó siquiera la cabeza. Con su negro macferlán sobre los hombros, como si tuviera frío, contemplaba con mirada fija las llamas que crepitaban entre los leños. Permanecí en pie a su lado.

—¿Le ocurre algo, Skratz? —le pregunté de súbito.

Pareció estremecerse, como si mi voz le llegara de muy lejos y él saliera de un mundo diferente. Alzó la cabeza. Me miró, casi con disgusto. Luego, hizo un encogimiento de hombros.

—No, nada —murmuró—. ¿Por qué había de pasarme algo, doctor?

—No sé. Le vi tan solo aquí, tan aislado de los demás… Parece preocupado.

—¿Quién no lo está? Ellos prefieren alejar sus preocupaciones charlando hasta por los codos. Yo, no.

—¿Qué opina del oficial Lorenz?

—Parece un hombre frío y lógico. Pero ignoro qué tal policía será en un caso así.

—Cualquier policía se vería desorientado en un problema como éste, Skratz. Es muy difícil saber lo que sucedió. Ni siquiera nosotros podemos decirlo… Es como si, realmente, hubiese sucedido algo insólito, una especie de…, de maldición.

—¿Maldición? —Skratz sacudió la cabeza, la mirada fija en las llamas, reflejando el fulgor rojo del fuego en las pupilas—. No creo en esas cosas, doctor. ¿Usted sí?

—Si me hablan antes de todo eso, me hubiera reído a carcajadas. Jamás he creído en tales cosas. Ahora… casi empiezo a dudar.

—¿Por qué? ¿Sólo porque un hombre murió junto a usted, degollado, sin que sepamos cómo sucedió, ni quién esgrimía el arma

asesina? —Giró despacio la cabeza Skratz, y contempló con frialdad al joven médico inglés—. Todo eso puede tener una perfecta explicación lógica, ¿no cree?

—Puede ser —acepté, pensativo—. ¿Usted la tiene, quizá?

—No dije eso —pareció sonreír, pero sólo por la curvatura de sus labios. Los ojos permanecían graves e inexpresivos—. El oficial Lorenz investiga un crimen, no una leyenda. Hay un hombre muerto. Y un arma que tuvo que abrirle el cuello. Es lo que cuenta. Pudimos ser cualquiera de nosotros. En la confusión, quizá ni siquiera vimos el arma, ni el golpe asesino. La sangre del difunto nos salpicó a todos. Eso impide advertir quién pudo ser el autor del golpe homicida.

—¿Y el arma? —indagué—. Tuvo que ser bastante grande. ¿Cómo ocultarla en fracciones de segundo, y luego hacerla desaparecer?

—No soy policía, doctor. El oficial Lorenz sí lo es, y tampoco ha dicho nada. Si tiene una teoría, la guarda para él. Pero creo que deshacerse de un arma no ofrece demasiadas dificultades, sólo con que se cuente con un par de minutos de tiempo y un lugar adecuado. Lo más difícil, es ocultar el arma y la mano homicida en el momento mismo de la muerte.

—Ya. Y hacer coincidir esto con el desprendimiento de la rueda, el vuelco del carruaje… Todo ello parece demasiado cruel y casual. Como si todo hubiera sido estudiado… o algo superior hubiese actuado, moviendo nuestros destinos.

—¿Ya vuelve a las causas misteriosas, doctor? —Me estudió Skratz con gesto sardónico—. Veo que empieza a dejarse influenciar por el ambiente de Zwickberg, con sus famosas historias de ultratumba, de aparecidos, de maldiciones familiares y todo eso…

—¿Y usted habla de eso? —me sorprendí—. Según el oficial Lorenz, usted es uno de los más directamente interesados en la cuestión…

—Oh, sí, los Skratz… —soltó una ronca carcajada—. La famosa maldición del barón Konrad Meinster el Decapitado. Nuestra familia está sentenciada… Pero no temo nada, doctor. Si conociera perfectamente la leyenda, sabría que esa maldición sólo afecta a los primogénitos de la familia. Por ahora, me libro. Soy el menor de los Skratz. Mi hermano mayor es Peter. Sólo nos llevamos cinco años,

pero es suficiente. Él sería el primero en sufrir las consecuencias, si eso fuese cierto. Yo estoy a salvo.

—¿Sólo son dos hermanos? ¿No hay más familia?

—Que yo sepa, no. Muerto mi hermano, sí debería temer por mi vida, porque pasaría a ser el primogénito… y el único, claro. Pero recuerde que también los Meinster deben temer la maldición de su antepasado, porque toleraron cobardemente que fuese decapitado por brujería y vampirismo, allá en los últimos años del siglo pasado…

—¿Hay algún Meinster con vida en Zwickberg?

—Uno sólo: Gunther Meinster, el actual ocupante de Meinsterhaus. También él peligra, si hemos de creer las fábulas populares. Pero no creo que sea ése el caso. A fin de cuentas, ¿quién ha sido el que murió? Un extraño, un eslavo llamado Zoltan Vary, que nada tenía que ver con nosotros, con Zwickberg, con los Meinster o los Skratz. En suma: una muerte sin sentido aparente.

—Un extraño que hablaba en esos momentos de la maldición del barón Meinster, no lo olvide. Y cuando iba a añadir algo más, ocurrió todo: la rueda suelta, el vuelco de la diligencia… y el degollamiento del infeliz.

—Ya veo, doctor. Vuelve a su idea: «algo» no natural intervino, ¿no es eso?

—Mientras alguien no me lo explique de otro modo… tendré que aceptar esa posibilidad —dije secamente, apartándome de él.

Skratz se quedó en su asiento, sumido en sus reflexiones. Parecía difícil ponernos ambos de acuerdo. Yo me preguntaba, al encaminarme hacia la escalera que comunicaba el comedor de la planta inferior de la fonda, con el piso alto, destinado a habitaciones de huéspedes, si su postura de negar la maldición de los Meinster era por auténtica convicción o solamente un medio de mantenerse en guardia, ocultando sus auténticos sentimientos al respecto.

—Buenas noches, señores —me despedí de los demás compañeros de viaje. Greta, la hostelera, me miró mientras servía unas copas de aguardiente a los demás—. Empiezo a sentir fatiga y mucho sueño… Mañana espero despedirme de todos ustedes, antes de que reanuden viaje…

—Si ese policía nos autoriza a continuar… —rezongó el

postillón, malhumorado, apurando su copa de aguardiente para que Greta Hildern le pusiera otra dosis—. Pero veo que, como no le ayudemos a capturar al Decapitado, nos va a tener aquí retenidos, no sé para qué. ¡Como si uno de nosotros pudiera ser culpable de algo semejante!

—No bromee sobre esas cosas —dijo uno de los dos viajeros sentados a su mesa, persignándose, preocupado—. Desde lo que ha ocurrido en el viaje, prefiero no mencionar a…, a ese hombre a quien le cortaron la cabeza.

—Pienso como usted —suspiré, subiendo las escaleras—. Las cosas que uno no se siente capaz de comprender o explicar, vale más dejarlas…

Estaba ya en la planta superior, cuando escuché el agudo grito de mujer.

Era un auténtico alarido de terror, de angustia, quizá de muerte.

CAPÍTULO III

Páginas de un diario (III)

LAS banquetas y sillas rodaron por el suelo con estrépito. Incluso algunas tazas y copas se hicieron añicos en el suelo del comedor.

Los hombres, todos a una, se habían puesto en pie, clavando sus ojos en la puerta de vidrios de colores emplomados. Afuera, en el exterior frío y brumoso, todavía parecía persistir el eco de aquel único, largo, desgarrador grito de angustia de una garganta de mujer.

—Cielos, ¿qué sucede ahí? —Sonó la voz ronca de Skratz, erguido ahora en toda su formidable estatura junto al fuego de la chimenea.

No esperé a que nadie me informara de eso. Me precipité escaleras abajo, alcancé el comedor, lo crucé como una exhalación, y sólo cuando alcancé el pequeño *hall* de la fonda, con su mostrador de recepción, observé con el rabillo del ojo que Skratz y los demás venían tras de mí, para apoyar mi postura decidida.

Abrí la puerta, deslizando el cerrojo y girando el picaporte con rapidez. Salté al exterior, sin pensarlo un momento. Una helada ráfaga de aire agitó mi levita y removió mis cabellos, desordenándolos hasta casi cegarme.

Aun así, descubrí el cuerpo tendido en medio del empedrado brillante de humedad y llovizna. Una farola de gas cercana, me reveló que se trataba de una mujer medio envuelta en una capa oscura. Su falda se había subido dejando ver sus crujientes enaguas, descubriendo unas piernas enfundadas en medias de algodón blanco.

Corrí hacia ella, pensando en un desvanecimiento, acaso en un colapso. Apenas me incliné sobre su cuerpo, descubrí con horror la realidad.

—¡Dios mío, no! —gemí—. ¡No puede ser…!

Me volví, desencajado, a los que me seguían. El postillón y

Skratz eran los que estaban más cerca de mí. Descubrí su mirada, fija en la mujer tendida en la calzada lluviosa. No entendían lo que sucedía, pero intuían algo terrible. Aun así, jamás podrían sospechar la espantosa verdad.

—No se acerquen. No la toquen —avisé—. No pueden hacer nada por ella. Nadie puede ya hacerlo…

—¿Está muerta…? —jadeó Skratz, con voz apagada.

—Muerta, sí —afirmé—. Degollada.

—¡Degollada! —Todos repitieron la palabra a coro, con voz de horror.

Iba a decirles algo, a añadir que el cuello de la infortunada mujer tendida en la calle de Zwickberg aparecía cortado como el del eslavo Zoltan Vary, pero todavía más profundamente, hasta casi separar la cabeza del tronco…, cuando vi algo increíble, alucinante, algo aterrador que no podía admitirse en buena lógica.

—Dios, no… —jadeé.

Luego, sin pensarlo más, eché a correr hacia el lugar donde había creído ver aquello que mi razón se negaba a admitir como posible. Era un cercano callejón oscuro y angosto, a una manzana de la fonda, pero en la acera opuesta. Mientras corría hacia allá, clavaba mis ojos en el suelo empedrado, allí mismo donde sólo un momento antes viera la más increíble imagen que me era posible sospechar. Algo fuera de toda imaginación. Un auténtico horror inconcebible.

¡Yo había visto, unos segundos antes, rodando sobre el empedrado, como si estuviera lleno de vida, dando botes como una pelota, «un cráneo humano», una calavera amarillenta, marfileña, descarnada, de petrificada risa lúgubre!

Y ahora, como confirmando lo que viera, como una forma directa y tremenda de ahuyentar toda posible duda sobre la imagen vislumbrada…, ¡un rastro de gotas de oscura sangre marcaba justamente el recorrido que el cráneo humano trazase ante mis ojos, hasta perderse en las espesas sombras del callejón!

Seguí aquel rastro sanguinolento, adentrándome sin miedo alguno en el callejón, pese a lo escalofriante de aquella visión de ultratumba que aún me resistía a admitir como cierta, como posible.

Prendí un fósforo, y pronto me lo apagó la llovizna y la helada

brisa. Pero me bastó para descubrir el reguero de sangre, siempre hacia el fondo del tétrico corredor. Lo seguí, cauteloso, pensando si empezaba a volverme loco o, realmente, algo espantoso podía suceder, y de hecho estaba sucediendo, en aquel pequeño y extraño pueblo de Zwickberg.

Lo cierto es que había más sangre. El reguero continuaba… ¿hasta dónde? ¿Volvería a encontrarme con el cráneo descarnado, parado encima del empedrado, mirándome con sus cuencas vacías y sus dientes en eterna mueca sardónica?

Pese a todo, prendí otro fósforo. No esperaba asustarme por nada. Esta vez, lo pude proteger con mi mano zurda y parte de la levita. Duró unos instantes más que el otro.

Pude ver el final del callejón. El final de mi camino.

Un muro. Alto, desnudo, sin salientes. Un muro que cerraba todo paso. Sin puertas ni ventanas. Sin aberturas. ¡El callejón no tenía salida!

Antes de extinguirse la llama de mi fósforo, descubrí eso. Y busqué el cráneo. Si no había salido, tenía que estar allí.

No lo vi. No vi nada Me di media vuelta, alucinado, pensando si todo fue imaginado, si en realidad no había visto nada de cuanto creí ver…

En ese momento, la voz sonó a mis espaldas, justo en el muro que cerraba el paso:

—Buenas noches, señor. ¿Busca algo?

Me volví, sintiendo que se erizaban los cabellos de mi nuca. Pero no vi cráneo alguno dirigiéndome la palabra. En vez de eso, una figura alta, vestida de oscuro, se movió hacia mí. Un rostro pálido y delgado parecía flotar en las tinieblas del callejón, herido por el lejano reflejo de algún farol.

Estaba seguro de que poco antes no había nadie en el callejón. Y, desde luego, ni entonces ni ahora, el menor rastro de la calavera.

Sólo un hombre. Un hombre extraño, que se acercaba a mí, insistiendo en su pregunta:

—¿Qué busca usted aquí, señor…? —Y luego añadió con voz fría —: Mi nombre es Meinster. Gunther Meinster… Pero ¿quién es usted?

Hetzgerstein.

Me quedé contemplándola. Y no sé por qué, me estremecí.

Tal vez la fría y nubosa mañana, la llovizna persistente y glacial, las ráfagas de aire helado, tenían la culpa. O quizá lo inhóspito y agrio del paisaje. No sé lo que fue, pero la primera impresión fue desoladora. Casi lúgubre.

La casa se alzaba en una especie de suave altitud, en medio de la llana tierra acotada. Arboles desnudos, de ramas erguidas hacia el cielo grisáceo y torvo, parecían formar en torno a la finca un aquelarre petrificado de figuras esqueléticas y negruzcas. El suelo de la propiedad aparecía vencido por hierbajos, brezos y toda clase de arbustos salvajes. Todo descuidado, hosco y feo.

Me sentí entristecido, casi desmoralizado. Aquélla era mi casa. Allí tenía que vivir yo. O renunciar a la herencia de tío Eric. No maldije su memoria por piedad. Pero sentí deseos de hacerlo.

La verja que rodeaba la propiedad, aparecía herrumbrosa y, en algunos puntos, medio derruida, sobre su base de piedra, totalmente agrietada. La puerta, abierta, chirriaba, oscilando a impulsos de las ráfagas de aire, sin que invitase sin duda a entrar ni siquiera a los merodeadores. Sobre ella, un arco de hierro forjado, marcaba una fecha bien legible, en cifras también recortadas en hierro: 1780.

Hacía más de cien años que existía Hetzgerstein, la finca de tío Eric. Tal vez fue propiedad de los antepasados de su germana esposa. O la adquirió en un arranque de excentricidad, muy propio de los Harding. ¿Qué otra cosa, sino excentricidad pura, podía ser lo que me movió a mí a dejar el confortable piso de Londres, con todos los problemas económicos que se quieran, para irme a aquel maldito confín de Sajonia, a vivir en una casa espectral, en un paraje digno de una pesadilla?

Y por si eso fuera poco…, con aquella otra casa tan cerca.

La miré torvamente, con mi enguantada mano apoyada en la chirriante puerta de hierro de mi casa.

No distaba ni trescientas yardas de mis vallas. Se alzaba, más lúgubre y siniestra todavía que la condenada Hetzgerstein. Gris y rojiza, con los muros salpicados de ventanales y miradores de vidrios emplomados.

Meinsterhaus.

Me hizo evocar lo sucedido la noche antes, cuando una mujer murió en la calle. Cuando la segunda víctima degollada apareció en Zwickberg, en el plazo de sólo unas pocas horas. Cuando yo creí

perseguir un cráneo humano que rebotaba en el empedrado. Un cráneo descarnado, pero vivo, y salpicando sangre todo a su paso.

Evidentemente, aquello sólo debió existir en mi imaginación. Gunther Meinster podía tener todo el aspecto inquietante del mundo —y de hecho lo tenía—, pero no me parecía capaz de metamorfosearse a su antojo en una calavera humana. Y en el callejón sin salida, solamente estaba él.

Lo habíamos comprobado después de su fantasmal aparición. Sólo él. Ni un objeto más, salvo unos desperdicios en un rincón, que nada contenían. Gunther Meinster, que había escuchado, como nosotros el grito de horror de la muchacha muerta. Gunther Meinster, que se había escondido allí, impresionado, tratando de averiguar lo que sucedía, sin aparecer él en escena. Era su relato, al menos. Y parecía verosímil. Su fama no era buena en Zwickberg. Ni tampoco la de su apellido o sus antepasados. Nadie podía olvidar allí, ni siquiera yo, que era un recién llegado, que un bisabuelo suyo, allá a finales del siglo XVIII, había sido decapitado, acusado de vampirismo y endemoniado.

Con lámparas de aceite y con velas en fanales, habíamos buscado algo más. Algo que yo afirmé haber visto…, pero sin revelar su exacta naturaleza, ni sé si para no aterrorizar o para que no se burlara nadie de mí.

No lo encontramos, ciertamente. Ni el menor rastro de nada anormal. De modo que si hubiese aparecido ante nuestros ojos una calavera manchada de sangre… ni quiero ni imaginar la reacción de aquellas gentes, tras el horror presenciado en la calle, momentos antes. Por esa razón, no supe si lamentarlo o alegrarme de ello.

Pero el misterio seguía en pie. A la única persona que me atreví a hacerle la pregunta, fue precisamente a Gunther Meinster, el misterioso personaje aparecido en el callejón como si se hubiera materializado en las propias sombras:

—Y usted…, ¿usted no ha visto nada anormal, *herr* Meinster?

Él me había contemplado con una rara expresión, con unos ojos que eran muy oscuros, muy brillantes y fríos, en medio de un rostro macilento, como enfermizo, joven sin duda, pero marcado por alguna dolencia congénita, quizá la tuberculosis, tan extendida en toda Europa, al menos por entonces.

Sus palabras habían sido breves y secas, mientras parecía sentir

repentino frío y se envolvía mejor en su largo macferlán negro, de cuello subido:

—¿A qué llamaría usted… anormal?

Era responder con una pregunta a otra. Dudé la réplica, pero se la di:

—Supongamos que… a un cráneo humano que se mueve y deja un reguero de sangre. Eso sí sería anormal, evidentemente.

Estudiaba su expresión, a la luz fantasmal de un farol que oscilaba con el viento, en manos del propio señor Meinster. Capté un destello de alarma en sus ojos. Entreabrió la boca, como si le faltara aliento. Vi subir y bajar su nuez en el largo cuello. Tragaba saliva. Estaba conmovido, no había duda de ello. Pero procuró mantenerse inalterable.

—Evidentemente —corroboró. Me estudiaba críticamente—. Pero usted…, usted no verla algo así, ¿verdad, caballero?

—Tal vez creí verlo —sacudí la cabeza—. Hemos buscado. Y no había nada. Usted estaba allí. Si no lo vio… es que lo imaginé.

—Rara imaginación la suya. Debieron contarle la historia de mi antepasado.

—Me la contaron, sí. Pero eso no tiene nada que ver. Yo no soy impresionable. Mi propia profesión me impide imaginar imposibles. Soy médico y cirujano.

—Médico y cirujano… —Enarcó las cejas, mirándome con extraña fijeza—. Curioso, *herr* doktor…

—¿Curioso? ¿Por qué? —había preguntado yo.

—Oh, por nada… Oí hablar de un médico inglés que venía a ocupar Hetzgerstein…

—Soy yo.

—Entiendo. Seremos vecinos, en ese caso.

—Eso creo, *herr* Meinster. Espero que seamos buenos vecinos. Aunque hubiese preferido conocerle en mejor ocasión. Mi nombre es Paul Harding. Eric Harding era tío mío. Supongo que lo conoció…

—Le conocí, en efecto. Un hombre excéntrico, pero amable y cordial. Es un placer conocerle, aunque estoy de acuerdo en que las circunstancias de nuestro encuentro distan mucho de ser gratas. Esa pobre chica… la oí gritar y sentí miedo, lo confieso. La noche, la oscuridad, la forma en que gritó… Creo que toda me impresionó.

Mi salud no es muy buena, como sin duda habrá advertido, y… tuve miedo, ¿por qué negarlo?

—Lo cierto es que también yo empiezo a sentir algo muy parecido al miedo, *herr* Meinster. ¿Sabía que hace muy pocas horas, otra persona, un eslavo que iba de paso, fue asesinado cerca de Zwickberg, degollado como esa muchacha?

—Algo he oído… —Se estremeció, bajando los ojos—. En estos sitios pequeños, las noticias corren como un reguero de pólvora, doctor… Ah, ahora que recuerdo…, vi un gato en el callejón. Corría como asustado, poco antes de entrar usted. Era un gato gris, bastante grande, ésa es la verdad…

—Un gato… —reflexioné, preguntándome si él mentía, si improvisaba, o si, realmente, yo había sido capaz de confundir un gato gris con un cráneo humano desprendido del esqueleto. Moví la cabeza, optando por dejar el problema para otro momento, y me despedí de mi interlocutor—: Tal vez fuese sólo eso. Buenas noches, *herr* Meinster. Hasta otro día…

—Hasta siempre, doctor Harding —respondió él, estrechando mi mano entre la suya, fría y delgada, de largos dedos huesudos. Una triste sonrisa flotó por sus delgados labios sin color—. Como somos vecinos, nos veremos a menudo, estoy seguro…

Eso había sido la noche antes.

Ahora, en aquella fría e inclemente mañana, yo avanzaba lentamente hacia Hetzgerstein, pisando los cardos, los brezos y matojos silvestres del descuidado terreno, tras empujar con dificultades la chirriante puerta herrumbrosa.

Justo entonces percibí la voz a mis espaldas:

—Eh, ¿qué hace usted? ¿Adónde va? ¿Es que quiere morir, pisando ese lugar?

Me volví, entre sobresaltado y molesto.

CAPÍTULO IV

La voz de una mente extraña

DE modo que es el nuevo ocupante de Hetzgerstein… El doctor Paul Harding, de Londres, Inglaterra. Un extranjero en Zwickberg. Un heredero a vivir en esa casa. Cerca de Meinsterhaus…

Bien. No ha tenido una amable bienvenida en este lugar. Me sorprende que no se haya marchado despavorido. Tal vez sea un hombre entero, valeroso. Tendría gracia que lo fuese. Me pregunto si, por muy valiente que un hombre sea, puede soportar ciertas cosas.

Es fácil ponerle a prueba. Incluso es fácil ahuyentarle para siempre. Hay cosas que ningún ser humano resistiría. Y ésta es una de ellas…

Tengo que utilizar mi poder, una vez más. La maldición debe regresar. Golpear de nuevo. Derramar sangre, despertar el terror. Así debe ser. Y así será.

Zwickberg va a conocer un pánico que jamás conoció. El miedo a lo desconocido, a lo que es inaprehensible. Buscarán en vano. Pretenderán sujetar entre sus dedos algo que ni siquiera tiene forma, que no es de este mundo. Pero que yo controlo, que yo puedo dirigir y conducir. A mi voluntad. Según mis deseos.

Basta una orden… y él actúa. Es implacable. No perdona. No duda. No vacila. No se echa atrás. No puede hacerlo otra vez. Esta misma noche…

Sí, debo hacerlo otra vez. Esta misma noche…

El doctor Harding ya está en Hetzgerstein. Su nueva casa. Dispuesto a soportar. A esperar. A recibir su herencia, quizás a quedarse aquí, a establecerse como médico y cirujano. Es su idea. ¡Qué loca, qué estúpida idea sería ésa! No sabe adónde ha venido. No sabe con lo que se enfrenta, si pretende ser más fuerte que la maldición de los Meinster.

Yo me ocuparé de él. Y de todos los demás. Esta noche,

nuevamente se estremecerá este pueblo, sacudido por el miedo, por el horror.

Tengo que hacerlo. Tengo que darle la orden. A él, a mi fiel servidor. Al ejecutor de la sentencia maldita.

Ya lo sabes. Estoy esperando. Esta noche saldrás de nuevo. Volverás a destruir. Serás feliz, cuando la sangre corra de una garganta desgarrada, de un cuello destrozado ferozmente…

Sí. Sé que ardes en impaciencia por actuar de nuevo, por ser libre para matar, para hacer correr la sangre en abundancia… Pronto serás satisfecho. Pronto verás cumplidos esos deseos…

¿Que quién será la víctima? Oh, sí, la víctima… Bien, ¿y qué importa eso? No importa nada… No tengo ninguna idea especial, a nadie elegido de antemano. Veamos, veamos…

Sí, ya sé… Será…, será otra mujer.

Una mujer… Resulta más placentero, más agradable. Tiene un morbo especial acercarse a una mujer… y ver de repente cómo se abre su cuello de oreja a oreja, cómo sangra, cómo salpica su rostro horrorizado, sus cabellos, acaso sus ojos, vidriados por la muerte horrible…

Una mujer. Cualquier mujer. La que tú mismo elijas, llegado el momento, mi fiel y terrible amigo…

Esta noche. Cuando Zwickberg repose en silencio, dormido bajo la lluvia y el viento de este crudo invierno. Cuando las sombras invadan sus callejas y estén cerradas puertas y ventanas, asegurados los postigos por el miedo de las gentes.

Entonces… Entonces… ¡Mata otra vez!».

CAPÍTULO V

Páginas de un diario (IV)

—¿ES que quiere morir pisando ese lugar?

No me había gustado la frase. Tampoco me gustó el que la había pronunciado. De los dos hombres, era el de más edad, el más bajo y canoso, quien terminaba de hablar a voces en ese momento. También resultaba ser el más tosco y mal trajeado. Sus botas, en el pescante del negro calesín, aparecían rebozadas de barro. Llevaba junto a sí un pequeño maletín negro, que yo conocía muy bien.

Era un médico.

A su lado, el hombre de estatura mediana, fuerte complexión, rostro ancho y enérgico, ojos grises tras unos lentes de gruesos cristales y delgada montura de oro, vestía mucho mejor, llevaba cuidadosamente peinadas y recortadas sus largas patillas salpicadas de hebras grises, y de sus labios gruesos colgaba una curiosa pipa de ámbar o espuma, tallada, de cazoleta curva. Éste era quien llevaba entre sus dedos las riendas de los dos mulos que tiraban del pequeño carruaje.

—Perdone, señor. No creo que pueda morir, puesto que soy su dueño —repliqué, hosco.

—¿Usted, su dueño? —rezongó el hombre canoso con gesto de disgusto—. ¿Entonces es el médico inglés que llegó anoche de las Islas?

—Exactamente. Doctor Paul Harding, médico cirujano —me presenté—. Por lo que imagino, somos colegas.

—En efecto —asintió con un asomo de sonrisa el conductor del calesín—. Él es el doctor Kerl Heinrich, nuestro buen médico rural. Yo me presentaré a mí mismo. Profesor Veit Wikker, director del Nuevo Instituto Clínico de Rhonstadt.

—¿Rhonstadt? —repetí.

—Es una pequeña población, aunque bastante mayor que Zwickberg, por supuesto —me aclaró—. Dista doce millas de aquí,

en dirección a Dresden. Puede visitarnos cuando guste. Le complacerá ver el Nuevo Instituto. Tenemos un pabellón de Neurocirugía. Y otro destinado a enfermos mentales, aparte las salas de Medicina general.

—Iré con mucho gusto, profesor —asentí—. Gracias por la invitación…

—¿Es que piensa quedarse realmente en Zwickberg? —me preguntó ásperamente el doctor Heinrich, con sus hirsutas cejas fruncidas.

—Creo que sí —sonreí—. Al menos, por el momento. Voy a restaurar lo mejor posible la casa y sus alrededores, desde luego. Tal como está ahora, parece una pura ruina.

—Es sólo aparente —observó el profesor, pensativo, estudiando la mansión—. Por dentro debe hallarse bastante bien. Visité un día a su tío, Eric Harding, hará cosa de un año. Todo estaba bien en la casa. Y, sin embargo, el jardín ofrecía este mismo aspecto de descuido y desolación. Desde que falleció la señora Harding, él no se ocupaba ya de los setos, las flores ni el césped. Y todo acabó así. Me alegra que se quede. Me apasiona Inglaterra, en especial Londres. Charlaremos de su país alguna vez, ¿no es cierto?

—Desde luego —suspiré—. Me ayudará a sobrellevar la nostalgia, profesor.

—De modo que se queda… —refunfuñó el viejo médico rural—. ¿Va a ejercer, acaso? Porque necesitará un permiso legal, una autorización del Colegio Médico de nuestro país, y…

—No se preocupe por eso, doctor Heinrich —le interrumpí—. No pienso ejercer. No aún, al menos. Si se me ocurre tal idea, cumplimentaré antes todos los trámites legales, no lo dude. Soy un médico, no un intruso ni un curandero. Ah, y tampoco creo que trate de quitarle su clientela, doctor.

—No podría, aunque quisiera —desafió abiertamente el doctor Heinrich con tono agresivo y clavando en mí sus ojos, pequeños y centelleantes—. ¿Sabe los años que hace que toda esta gente confía en mí, joven inglés?

—Ya basta, doctor —intervino el profesor Wikker, riendo—. Ya hemos oído que el doctor Harding no tiene propósitos inmediatos de competir con usted, ni quizá lo intentará jamás. Puede estar tranquilo, que todos seguirán confiando en su viejo amigo, el

médico rural. Ahora, si quiere que le lleve a alguna otra parte, doctor…

—No, gracias —rechazó secamente, saltando con dificultades del pescante a tierra. Recogió su maletín y señaló hacia la vecina Meinsterhaus—. Me quedo aquí, profesor Wikker. Es posible que el joven Meinster me entretenga más de lo debido. Su enfermedad sigue rebelde, y tendremos que buscar posiblemente otra medicación…

—Muy bien, doctor. Yo volveré a Rhonstadt —señaló el sendero polvoriento, ahora convertido en barrizal, que se perdía entre ambas propiedades, hacia el noroeste, en dirección a la carretera general de Dresden—. Adiós, doctor Harding. Ha sido un placer conocerle. Le espero en el instituto cuando tenga un rato disponible.

—No faltaré —prometí, agitando una mano. Luego, bruscamente, antes de que el profesor Wikker emprendiera la marcha de nuevo, y también antes de que el doctor Heinrich se alejara demasiado de mí, le llamé a éste, con voz potente—: ¡Espere, doctor! ¿Quiere aclararme algo?

—¿Qué? —Se volvió de mala gana el médico rural, apenas sin detenerse, girando la cabeza por encima de su hombro.

—¿Por qué dijo antes eso de que podía morir, pisando este lugar? No hay nadie que lo habite ahora, ni lo guarde con un arma en la mano, para ahuyentar intrusos, que yo sepa…

—No hace falta eso, doctor —habló despectivamente el viejo médico de pueblo—. Es que no sabe aún que cuando su tío Eric murió, pudieron oírle decir claramente: «Dios mío, nadie debería habitar esta casa. Nadie. ¿Por qué haría yo ese testamento? El mal está aquí, entre nosotros. El Mal anda suelto por Zwickberg y matará a mi sobrino del mismo modo que me ha matado a mí…».

Me quedé de una pieza. Estupefacto, vi cómo el doctor se alejaba hacia Meinsterhaus, sin añadir más. Busqué con la mirada al profesor Wikker que, pensativo, ponía ya en marcha su carruaje. Corrí hacia él, reaccionando, y le hice detenerse, para preguntarle confuso:

—Profesor… Profesor… ¿Qué ha querido decir el doctor Heinrich? ¿Qué significa eso? ¿Cómo murió mi tío Eric? ¿Por qué ha dicho que el Mal le había matado a él?

—¿Cómo? ¿Es que no ha sido informado de ello todavía? —el

profesor Wikker detuvo el carruaje y me contempló, sorprendido. Luego, meneó la cabeza de un lado a otro, con expresión preocupada, y añadió—: Su tío, doctor Harding, murió de un colapso. Le falló el corazón…, pero de miedo. Algo o alguien le provocó un susto tan terrible… que le hizo morir súbitamente…

Todavía estaba yo allí, apoyado en la verja herrumbrosa de mi propiedad, mientras el carruaje del profesor Wikker se alejaba de modo definitivo, sendero adelante, hacia la vecina población de Rhonstadt…

—¿De miedo? Sí, doctor Harding. Siempre pensé que usted sabía eso perfectamente…

—Saberlo… —dije amargamente, golpeando con ira el brazo de la butaca—. ¡Ese maldito imbécil, el abogado de Londres, no me dijo nada sobre la muerte de tío Eric, salvo el detalle simple de que su corazón había sido la causa del fallecimiento! Un colapso. Eso es todo lo que dijo, el muy…

—Tal vez pensó que era mejor así, para que usted entrara en posesión de su herencia —hizo notar ambiguamente el oficial Lorenz, encogiéndose de hombros—. Después de todo, no se le puede llamar muerte violenta al hecho de morir de un susto, doctor.

—Depende de cómo sea ese susto, oficial —objeté secamente—. Imagine que fue provocado. Que alguien, conociendo el precario estado del corazón de mi tío, le causó un fuerte sobresalto intencionado, y le mató. ¿Qué sería eso, legalmente considerado?

—Homicidio, por supuesto —admitió Lorenz—. Pero no podemos hablar de homicidio, doctor. Mucha gente se asusta, sin que nadie se lo provoque.

—Es posible. Dígame algo, oficial Lorenz: ¿cómo fue ese susto, de qué forma murió mi tío, exactamente… y cómo saben ustedes que fue un susto lo que le mató?

—Él mismo lo dijo. Las palabras que usted ha citado, y que le relató el doctor Heinrich, son aproximadamente las que él pronunció cuando se intentó auxiliarle. Pero dijo algo más… Algo que tal vez olvidó el buen doctor.

—¿Seguro? —Fruncí el ceño—. Me extraña que ese viejo médico, celoso de su clientela, olvidase algo sin intención… ¿Qué fue ello, oficial?

—Su tío, doctor Harding, fue hallado agonizante en la puerta

misma de su casa, cuando el doctor Heinrich iba a visitar a su paciente, el único miembro de la familia Meinster que existe en la actualidad: el joven Gunther. Rápidamente, llamó a éste en su ayuda, y entre ambos trasladaron a su tío a Rhonstadt, para que le atendieran en el Nuevo Instituto Clínico del doctor Wikker.

—¿De modo que lo llevaron allí? ¿Y qué sucedió? ¿Llegó con vida?

—Con muy poca vida, pero llegó. Su corazón se detuvo justamente a los pocos minutos de llegar al Instituto Clínico, pese a los esfuerzos del profesor Wikker y sus médicos. Pero antes, tuvo ocasión de decir algo más de lo que el doctor Heinrich recuerda o quiere recordar.

—Por favor, oficial, ¿qué fue eso que dijo mi tío? ¿Por qué supieron que fue el miedo la causa de su muerte? —le apremié, casi irritado.

—Él lo declaró. Más o menos, sus palabras fueron: «Era horrible… Horrible… Venía hacia mí en la oscuridad… Reía con su boca descarnada… Y goteaba sangre sobre mis manos. Sangre caliente… ¡Era un cráneo! ¡Un cráneo! ¡Un cráneo solo, flotando ante mí! Un cráneo viviente…, que se me acercó…». Y ahí, desorbitó sus ojos. Y murió.

Me quedé mirando al oficial Lorenz como quien ve visiones. Toda la oficina del policía local pareció bailotear ante mis ojos, deformarse, en imágenes grotescas, estiradas y bailoteantes.

Mientras tanto, en mi mente martilleaba de modo brutal una misma palabra, repetida y obsesiva:

«Un cráneo…».

«Un cráneo… viviente».

«Un cráneo viviente…».

Entonces supe que era verdad. Que yo había visto también aquel horrible cráneo que había matado a mi tío Eric.

CAPÍTULO VI

Muerte desde una mente extraña

LA mujer miró recelosamente en torno suyo.

Estaba lloviznando con más fuerza que antes. Y el viento que barría las callejuelas de Zwickberg, ululaba ahora entre los viejos y sombríos edificios, como lamentos que brotasen de ultratumba.

Lamentó haberse demorado en salir. Hubiese sido preferible hacerlo cuando apenas si chispeaba, y el aire era menos intenso. Pero ya era tarde para arrepentirse. Tenía que abandonar las confortables paredes de la casa y aventurarse en la noche. No era una mujer miedosa. Pero el recuerdo de lo sucedido la noche antes a una infortunada muchacha, una campesina degollada en plena calle, sin que ni el oficial Lorenz ni nadie en el pueblo supieran quién pudo ser el culpable, ni cómo se llegó a cometer el crimen, le hacían sentir aprensión e incluso inquietud, al sentir las huecas pisadas de sus zapatos sobre el empedrado, resonando con ecos lúgubres en callejuelas y plazoletas totalmente solitarias. Tan vacías y silenciosas como si Zwickberg fuese un pueblo dormido. O muerto.

Sin embargo, de trecho en trecho se veía el resquicio de una luz bajo una puerta o entre los herméticos postigos de una ventana, o bien el bailoteo amarillento de una llama en un farol. Pero eso era todo. Eso, y el brillo del suelo, como charol arrugado, al reflejar esas escasas luces sobre su superficie mojada.

La mujer habló consigo misma, en voz baja, mirando preocupada en torno suyo:

—Dios mío… Tengo miedo… No debí salir esta noche, no, señor… Kristina, debes rehacerte. No hay por qué sentir miedo… Lo de anoche debió ser un crimen pasional. O tal vez la maldición de los Meinster. Pero ¿qué tengo yo que ver con todo eso? Nadie me hará nada. No hay motivo. Kristina, nadie va a causarte daño… Eres tonta de temer nada. Éste es un pueblo tranquilo. Nunca sucedió

nada raro. Nunca… hasta anoche. Tal vez ese forastero, el médico inglés… Dicen que los ingleses están todos endemoniados… Sí, eso debe ser… Animo, Kristina, adelante. Ya queda poca distancia…

Y Kristina Harlan, comadrona de Zwickberg, que sabía que esa noche debía de asistir a la señora Van Krauss de parto —quizá el niño llegase a medianoche, quizá de madrugada, o tal vez al amanecer, pero el diagnóstico del doctor Heinrich había sido concreto: sería irremisiblemente en las próximas horas, aunque no antes de medianoche, según sus cálculos—, siguió adelante, a través de la plazoleta circular, con la fuente en su centro. El sonido del agua al caer del caño central, era el único que rompía el silencio nocturno, aparte los zumbidos del viento y el tamborileo sordo de la lluvia.

A dos manzanas de la plazuela estaba la vivienda de Viktor van Krauss y de Marika, su esposa. Estarían esperándola, sin duda, con las luces encendidas, la puerta a medio abrir, impaciente y preocupado el marido, sudorosa y dolorida la esposa, como era costumbre.

Kristina, la comadrona, respiró hondo, quitando de un manotazo la lluvia de su rostro, ancho y saludable. La mano, maciza y fuerte, sabía ser también sensible y delicada al traer niños al mundo. Esperaba que esta vez no fuese diferente. La señora Van Krauss sufría un poco del corazón, y eso dificultaría las cosas, evidentemente.

Llegó junto al pilar circular, de piedra vieja, de la fuente de la plaza. El caño de hierro, saliendo de la figura rústica que encabezaba la antigua fuente, vomitaba un chorro de agua ruidosa en la oscura taza repleta, en cuya superficie se veía el golpeteo de las gruesas gotas de lluvia. Allá, en la distancia, una farola de aceite extendía una claridad lívida en torno, formando un cerco diluido en la sombría noche, pero que proyectaba sus reflejos difusos en la fuente en la figura de la comadrona y en las torvas siluetas de los edificios en torno, con sus empinados tejados perdiéndose en la negrura de la noche lóbrega.

De repente, Kristina se detuvo, sintiendo palpitar ruidosamente su corazón. Llevóse una mano a la boca, ahogando un gemido. Estaba segura de ello. Había captado un ruido a sus espaldas.

Permaneció quieta, rígida. Sin atreverse siquiera a girar la

cabeza y mirar atrás. Pero estaba segura. Muy segura de que el sonido aquél era el producido por algo, sobre el empedrado… Algo que golpeaba rítmicamente las toscas piedras húmedas. Quizá pisadas. Pisadas que la seguían…

Giró la cabeza, notando cómo la sangre golpeaba sus sienes en palpitaciones violentas, cómo un temblor súbito se extendía por su cuerpo, y una de sus manos aferraba crispadamente el borde de fría piedra de la taza de la fuente.

No descubrió a nadie. Absolutamente a nadie. Estaba sola en la plaza. Ante sus ojos, sólo el espacio circular, desierto. Y la fuente junto a ella. Nada más. Sin ruidos. Sin presencia humana alguna. Solamente la lluvia, el aire a ráfagas, el chorro de la fuente.

Y su corazón, desbocado por la emoción y el terror, dentro de su tórax, bajo el generoso y abultado seno. Y sus sienes, palpitando desenfrenadas…

Sólo eso, a fin de cuentas. Miedo. Simplemente miedo… y nada más. En vez de lamentarlo, debería haber dado gracias por ello. Pero se sentía inquieta aún. Temerosa. Empezaba a sentir algo muy parecido al terror. Terror a lo desconocido, quizá a la nada misma.

Echó a andar de nuevo, decididamente. Aceleró su paso, pisó con más fuerza, resonando su rudo taconeo en toda la plaza. Enfiló la bajada de la empinada calle, cuya primera manzana ocupaba la fonda de Greta Hildern, la rubia y atractiva muchacha de generosas curvas. Al menos ella, tendría iluminado el *hall*, como era costumbre en su negocio, y esa luz, tras los vidrios emplomados, daría cierta animación a la calle.

Antes de llegar a girar la esquina, Kristina la comadrona sintió el escalofrío del pánico subiendo de nuevo por su espina dorsal, hasta erizar sus cabellos.

Ahora, sí.

Ahora estaba segura. Muy segura. ¡Había vuelto a percibir aquel sonido tras ella, un golpeteo repetido sobre las piedras… y siempre detrás suyo, persiguiéndola!

—No, no… —jadeó, muy pálidas sus mejillas, de ordinario rojas y saludables, brillante de sudor y de agua su rostro rollizo de matrona—. No puede ser…

Y para convencerse a sí misma, volvió a girar la cabeza, como hiciera antes en la plaza, junto a la fuente.

Pero ahora, no había un pilar que ocultara nada a ras de suelo. No había nada en la calle, excepto ella misma, un lejano farol y aquello.

«¡Aquello!».

Un alarido, un clamor de horror, un estridente, desgarrado chillido de angustia suprema, escapó de la boca convulsa de Kristina Harlan, la comadrona de Zwickberg. Su rostro se tornó una auténtica máscara de pavor, de incredulidad rayana en la demencia.

Eso duró un segundo o dos. No más.

Luego, mientras el cráneo desnudo, la calavera descarnada saltaba grotescamente ante sus desorbitados ojos, dejando regueros de sangre en el suelo empapado de lluvia, y las negras cuencas vacías se fijaban malignamente en ella, tan horripilantes como la mueca eterna de los dientes sin labios ni encías, en sonrisa mortal e increíble…, el grito de Kristina se ahogó en una especie de berrido atroz, de estertor inhumano.

Y la sangre, al brotar violentamente de su cuello, lo regó todo a su alrededor, salpicó las piedras del suelo, e incluso el muro inmediato. Regueros escarlata empaparon rápidamente sus ropas, hasta formar un charco a los pies de aquel cuerpo femenino que, muy lentamente, se derrumbó en el empedrado, quedando tendido, entre convulsiones, hasta la total quietud…

Sobre el lugar de la tragedia, flotó un repentino silencio mortal.

El cráneo monstruoso rodó, se alejó por encima del empedrado, bajo la lluvia. Gotas de oscura sangre quedaban a su paso, mezclándose con el agua que mojaba el suelo.

En ese momento asomó Greta Hildern a la puerta de la fonda.

Vio el cadáver. Vio el cráneo. Emitió un agudo grito de horror. Y se precipitó de nuevo dentro de su casa, cerrando con llave y cerrojo. Luego corrió escaleras arriba, vencida por el pánico, todavía con la doble y espantosa imagen del cráneo viviente y de la mujer muerta, ensangrentada en medio de la plaza cercana.

No se detuvo hasta encerrarse en la única habitación de la casa que carecía de ventanas, de toda clase de aberturas, excepto la puerta, sólida y de recia madera claveteada. La cerró, pasando un grueso cerrojo, y se mantuvo contra ella, jadeante, sintiendo que su corazón golpeaba con fuerza en su pecho.

Aun así, aguzó el oído.

Y una crispación de terror infinito la convulsionó, cuando escuchó claramente cómo se rompían abajo unos vidrios… ¡y alguien o algo, movía el cerrojo de la entrada, deslizándolo violentamente!

Luego, un golpeteo sordo, siniestro, llegó desde abajo hasta sus oídos. Eran pasos… ¿o era el golpear de aquella espantosa calavera sobre el entarimado de su casa?

Fuese lo que fuere, sólo podía significar peligro, muerte, la amenaza diabólica del Más Allá, aproximándose a ella, implacable.

Cuando comenzó a oír el golpeteo sordo y estremecedor en los escalones, el corazón parecía quererse salir impetuosamente de su cuerpo. Un sudor helado humedecía sus manos y su rostro. En su nuca, un hormigueo frío parecía empeñado en erizar sus rubios cabellos, y hasta se advertía, a simple vista, la palpitación violenta de su pecho, en el escote profundo y atrevido.

Greta Hildern, presa del terror más delirante que jamás imaginó, se dio cuenta de que, paso a paso, golpe a golpe, aquello se acercaba a ella, subía los escalones, llegaba a la planta alta y, sin duda alguna, se dirigía ahora hacia la puerta cerrada tras la que ella esperaba.

Si el cráneo procedía de ultratumba, si los poderes siniestros que movían aquella forma aterradora eran de otro mundo de tinieblas y de horror…, ¿qué puerta, qué muro o qué obstáculo podría detenerle?

Retrocedió, angustiada, la mirada fija con pavor en la madera de su puerta, esperando que, de un momento a otro, sucediera lo peor.

Y lo peor era que aquella puerta fuese inútil… y la cosa del infierno llegara hasta ella para aniquilarla en una orgía de sangre, igual que a los demás…

El golpeteo se detuvo súbitamente. Ante la puerta cerrada de modo hermético.

Detrás de esa puerta, una mujer temblaba, en el paroxismo del pánico, esperando ver surgir ante ella la descarnada sonrisa eterna de la calavera asesina.

Y con ella, la muerte. La más horrible muerte jamás imaginada. Aún estaba fresca, petrificada en su mente, la imagen de aquel cadáver bañado en sangre, de aquella forma increíble, de marfileño hueso, rebotando como un objeto delirante hacia ella. Igual que una

amenaza satánica, imposible de evitar.

Ahora, ya no era un rítmico golpear en el suelo. Era un roce. Un levísimo roce en la puerta. Como si algo estuviese buscando el medio de abrirla, de penetrar a su través.

Quizá el propio cráneo, la calavera llegada de ultratumba…

El pánico de Greta Hildern era ya rayano en el histerismo. De repente, el roce se hizo crujido. Y trémula, mortalmente pálida, notó que el picaporte giraba, giraba lentamente, accionado por alguien en el corredor…

No se podía abrir hasta que saltaran el potente cerrojo. Pero aun así, gritó. Y gritó con voz aguda, desgarradora. Fue el suyo un clamor de auxilio, una demanda desesperada de ayuda, que sabía imposible de llegar, ahora que la muerte estaba allí, a pocos pasos de ella…

El crujido se repitió en la puerta. Luego, una voz ronca sonó al otro lado:

—Señorita Hildern… Señorita Hildern, ¿está usted ahí? Abra, por Dios, abra… No la voy a hacer ningún daño…

Incrédula, llena de terror aún, Greta Hildern reconoció la voz humana, identificó su timbre, con verdadera sorpresa:

—Usted… —jadeó—. ¡Es usted, señor Meinster…!

—Sí, soy yo, señorita Hildern… —asintió la voz ronca de Gunther Meinster—. Abra, por favor. No corre peligro… He acudido al oírla gritar, pensé que sucedía algo aquí dentro, y rompí los vidrios de abajo, al ver que la puerta se resistía a mis esfuerzos… ¿Es que le sucede algo? Hable, por favor…

Greta no iba a abrir. No se atrevía. Y menos aún, a un descendiente de los Meinster. La familia maldita. El hombre cuyo antepasado murió decapitado por vampirismo y por endemoniado… ¡No, nunca le abriría! Se decía…, se decía que él era el Decapitado el que deambulaba por las noches en Zwickberg… Y ella había visto una cabeza humana descarnada…, ¡moviéndose por sí misma, junto al cadáver ensangrentado de una infeliz mujer!

No supo nunca lo que hubiera hecho. Porque en ese momento, se escuchó un ruido abajo, un estruendo de fuertes pisadas, escaleras arriba… y una nueva voz, potente y brusca, llegó a sus oídos con nitidez. Una voz que también le resultó conocida, pese a que le era infinitamente menos familiar que la de Gunther Meinster:

—¡Greta! ¡Greta Hildern! ¿Qué sucede aquí? ¡Meinster! ¿Qué pretende hacer usted? ¿Qué le ocurre a la dueña de la fonda?

—¡Doctor! —chilló Greta, esperanzada, con un estremecimiento de instintivo e incontenible gozo, sin saber la causa de su confianza hacia el joven inglés a quien apenas conocía—. ¡Doctor Harding, gracias a Dios, es usted…!

Y ahora sí. Ahora se jugó el todo por el todo. Abrió la puerta, y entre un llanto y una risa histéricos, se asomó al pasillo, en el que, bajo la luz del quinqué colgado del muro, descubrió a los dos hombres, a Paul Harding y a Gunther Meinster, enfrentados el uno al otro, como desorientado este último, belicoso y resuelto el primero.

—¡Doctor, el cielo debe enviarle! —sollozó Greta Hildern, cayendo contra el pecho de Harding, oprimiéndose a él con instintivo afán de buscar su protección.

Meinster la miró, asombrado. Harding la rodeó con un brazo, notando contra su torso el agradable contacto de la joven fondista.

—Cálmese, Greta —dijo Harding gravemente. Miró a Meinster —. ¿Qué sucede? ¿Qué hace usted aquí, *herr* Meinster, y por qué asustó de ese modo a la joven?

—¿Se ha vuelto loco, doctor Harding? —preguntó Gunther Meinster con gesto iracundo—. Acabo de llegar, precisamente en ayuda de ella… Seguro que usted, como yo, oyó sus gritos, y por eso está aquí ahora… Sé tanto del asunto como usted mismo. Estaba tratando ahora de averiguar lo que ocurría, la pedía que me informase…, cuando usted irrumpió, interpretando el papel de héroe de la historia.

—Según parece, todos hemos oído los gritos de ella… —suspiró Harding, receloso—. Yo venía de tomar unas cervezas con el oficial Lorenz en el casino del pueblo… ¿Y usted, Meinster? Es bastante tarde y la noche es muy inclemente para andar caminando por ahí.

—Usted lo hace también —replicó el joven Meinster, incisivo.

—Ya le conté por qué. Es simplemente casual. Tenía que haberme retirado mucho antes. ¿También su presencia cerca de aquí es casual?

—Pudiera decirse que sí… —Miró pensativo a la hostelera—. Pero discutiendo nosotros dos, aún no sabemos lo que le sucedió a ella, doctor.

—Es cierto —Harding miró también a la joven—. Parece que está muy excitada para coordinar bien sus ideas. Sería mejor esperar a más tarde…

—¡No, no! —se apresuró a gemir Greta Hildern—. No, por Dios… Cuanto antes lo sepan, tanto mejor, doctor Harding… Hay…, hay otra mujer muerta… en la plaza.

—¡En la plaza! —Meinster la contempló con estupor—. ¿Está segura?

—Tal vez fueron sus gritos los que oyeron primero, y no los míos —respondió Greta serenándose poco a poco—. Estaba ensangrentada, sin vida en el suelo…

—Cielos, tenemos que ir a comprobarlo inmediatamente —murmuró Harding.

—¡No, espere! —Ella le aferró patéticamente, como implorando que se quedara, que no la abandonase—. Eso…, eso no es lo peor, doctor… Lo terrible es lo que vi… lo que vi junto a ese cuerpo, cuando asomé a la calle y miré hacia la plaza, tratando de ver lo que sucedía…

—¿Qué vio, señorita Hildern? —quiso saber Meinster—. ¿Qué puede ser peor que un nuevo cadáver bañado en sangre?

—Era…, era la calavera…

—¡La calavera! —Fue Harding quien, demudado, repitió la palabra.

—Les juro que era cierto. No me creerán, pero…, ¡pero vi un cráneo humano, moviéndose por el suelo, como si estuviese vivo…, alejándose de la mujer muerta! ¡Luego vino hacia acá, como persiguiéndome a mí! ¡Era un cráneo, una cabeza descarnada y horrible, dotada de movimiento, de vida! ¡Les juro que era eso!

—Absurdo, por Dios —rechazó Meinster, pálido, pero con gesto incrédulo—. Sin duda, su imaginación le jugó una mala pasada… No pudo ver un disparate así… ¡Es imposible!

—¡No lo es! —clamó ella, exasperada—. ¡Lo vi tan claramente como ahora les veo a ustedes dos, señor Meinster! Es más, cuando oí la rotura de vidrios abajo, y sentí sus pisadas, su modo de aproximarse hasta aquí… estaba segura de que no era un ser humano moviéndose por mi casa…, sino la propia calavera andante…, hasta que oí el sonido de su voz.

—Pura imaginación —rechazó Meinster—. No oí nunca nada tan

ridículo… Están todos impresionados por la leyenda sobre mi antepasado…

—No, Meinster —era Paul Harding quien hablaba ahora, frío y calmoso—. No es sólo imaginación de ella. Le aseguro que yo también he visto ese cráneo humano.

—¿Qué? —Le miró Meinster como si contemplara a un demente —. ¿Se burla de mí?

—Ojalá fuese solamente eso. No, no me burlo de nadie. Anoche, en ese callejón donde lo encontré a usted… precisamente lo que yo iba buscando era… «un cráneo» que escapaba del lugar del crimen, dejando regueros de sangre a su paso… Es curioso que entonces, el cráneo desapareciera en un callejón sin salida… y allí estuviera usted. Ahora, Greta Hildern ve esa calavera, cree que es ella la que entra en su casa y sube hasta aquí… y al llegar yo, el cráneo ha vuelto a desaparecer… y en su lugar está «usted» de nuevo.

—¿Qué pretende insinuar con todo eso, doctor? —replicó Meinster, virulento.

—Nada —resopló sombríamente Paul Harding—. Nada todavía…, pero la coincidencia no deja de resultar curiosa. Simplemente eso, *herr* Meinster… Ahora, Greta, venga con nosotros. Iremos a ver lo sucedido en la plaza. No se separe de mí en ningún momento.

—No, no… Seguro que no, doctor —apresuróse a afirmar ella, pegándose a él, estremecida, pero con evidente alivio al sentirse protegida por la alta y firme figura del médico.

—Luego…, supongo que tendremos que avisar otra vez al oficial Lorenz. Como en el caso de Roszy Bormann. Como en el caso de Zoltan Vary… ¿Se dan cuenta? Es realmente terrible… Tres muertes violentas en tan poco tiempo…

Meinster, ceñudo, no respondió. La hostelera se limitó a apretarse más fuerte contra el joven inglés, que notó el tibio calor de su piel de mujer, a través de las ropas de ambos. Y, desde luego, fue para él una muy grata sensación.

CAPÍTULO VII

Páginas de un diario (V)

A pesar de todo, la semana transcurrió con cierta rapidez.

Sin darme apenas cuenta, fueron siete los días que se cumplieron en el calendario, desde mi llegada a Zwickberg. Siete días, durante los cuales muchas cosas cambiaron dentro de Hetzgerstein.

El polvo, las telarañas y el olor a cerrado, desaparecieron tras varias limpiezas a fondo. Unas mujeres del pueblo se cuidaron de ello, bajo mi dirección, así como de sacar lustre a los metales y brillo a las lámparas de cristal y a los apliques murales para luz de petróleo. El gas urbano no podía instalarse en Zwickberg según me dijeron, por lo costoso de la instalación y el tendido de tuberías. Tampoco me importó demasiado.

Me costó encontrar servicio, pero al fin, una mujer y un hombre del pueblo, Marianne y Hans Voss, matrimonio, aceptaron el empleo, ya que en aquella época del año, las labores agrícolas, a las que se dedicaban en mejores fechas, eran prácticamente nulas y necesitaban un salario, por pequeño que fuese. Cierto que era pequeño, porque mi generosidad no podía ser muy grande, al menos entonces, sin haber entrado en posesión de mi herencia en metálico.

Ese día, recibí una carta del Banco, informándome que podía pasar a hacer mía la cuenta de Eric Harding, pasando a ser yo su titular legal, conforme le notificaban los notarios de Dresden Kruger Und Kruger, de acuerdo con las instrucciones recibidas del albacea testamentario, en Londres, honorable señor Lawrence R. Godwin, abogado.

Y al Banco me encaminé de mañana, bajo un cielo nuboso y triste, pero sin que la lluvia ni el aire hicieran, por fortuna, acto de presencia, como en días anteriores.

Por el camino, tuve tiempo de pensar, una vez más. Mis pensamientos, forzosamente, se bifurcaban en tres direcciones, pero

todas ellas iban a confluir a un mismo punto o encrucijada, inexorablemente: el cráneo asesino. ¿Acaso… la cabeza del barón Konrad Meinster, el decapitado por vampirismo y posesión demoníaca?

Meinster…

No podía olvidar eso. Era demasiado casual. Yo veía el cráneo. Greta Hildern también. Y en ambos casos, Meinster estaba cerca. Y la calavera no daba señales de existencia.

Raro. Muy raro. Empezaba a sentir preocupación. Y miedo.

Mi tío Eric había muerto precisamente de miedo. También él vio el cráneo humano. Y murió de la impresión. Yo había hecho preguntas esos días, como al azar. Curioso resultaba también que nadie, excepto tío Eric, Greta Hildern y yo mismo, hubiéramos llegado a ver la espectral aparición.

Para los demás, la maldición del barón Meinster seguía siendo sólo leyenda. La aceptaban muchos como auténtica. Creían en la maldición. Y en los aparecidos. Pero no habían visto nada con sus propios ojos. Yo, sin embargo, no creía. Y lo había visto. Tenía una evidencia, una prueba de que la leyenda podía no ser solamente superstición, sino algo real, espantosamente real. Algo que ocurría en Zwickberg. No tenía sentido para un médico. Ciertamente, era imposible justificar que un cráneo humano cometiese crímenes tan atroces como el del infortunado viajero eslavo, la pobre campesina Roszy Bormann, frente a la fonda de Greta… o la desdichada comadrona Kristina Harían, asesinada brutalmente en la plaza de Zwickberg, de un tajo feroz en la garganta, junto a la fuente.

¿Por qué Gunther Meinster, el enfermizo, pálido y misterioso joven Meinster, aparecía siempre de modo fantasmal en los lugares donde corría la sangre? ¿Por qué la calavera desaparecía y aparecía él?

Si había que hacer caso de la leyenda, tanto los Meinster como los Skratz corrían el mismo peligro. Estaban malditos, condenados por el barón. Unos, por permitir su ejecución. Los otros, por acusarle y provocarla.

Sin embargo, los Skratz no parecían tener mucha relación hasta ahora con los hechos, salvo que el menor de ellos, el joven Helmut, el viajero de pelo albino y elevada estatura, iba en la misma diligencia que yo y que el difunto Zoltan Vary.

Dejé de pensar en todo ello. Justamente entonces había llegado al Banco Comercial de Zwickberg, no lejos de la siniestra plaza, escenario del último crimen, seis fechas antes. Además, como siguiendo el hilo de mis pensamientos, allí estaba Helmut Skratz. Junto a un caballero que se le parecía mucho, pero cuyo rostro, evidentemente, ofrecía más arrugas y con ello aspecto de más edad. El cabello de este último, no era tan claro como el de su hermano, aunque también muy rubio.

—Buenos días, doctor Harding —me saludó jovialmente Helmut Skratz, acercándose y estrechando mi mano con calor—. Hace días que no nos veíamos…

—Sí, toda una semana —sonreí—. El tiempo pasa deprisa incluso en Zwickberg.

—Le presento a Peter, el primogénito. Es mi hermano mayor y el cabeza de familia, por tanto, aunque nuestra familia sea muy reducida: nosotros dos solos —se echó a reír y se volvió a su acompañante—: Peter, este caballero es el médico inglés de quien te hablé, el doctor Harding, compañero de viaje en aquella terrible noche…

—Es un placer conocerle, doctor —me saludó efusivamente Peter Skratz, el primogénito—. Helmut me ha hablado mucho de usted. Parece que tuvieron una ingrata experiencia, que se repitió además…

—Para él, una sola repetición —observé con un suspiro—. Para mí… dos veces.

—Oh, ¿de veras? —se asombró Helmut, mirándome con sus glaucos ojos muy abiertos—. ¿Usted también estuvo en la muerte de esa comadrona, a la siguiente noche?

—Sí, también —asentí gravemente. Luego, observé a un tercer hombre, fornido y de pequeña estatura, largos cabellos y rostro huraño, que se aproximaba a ellos, trayendo de la mano las riendas de un pequeño carruaje—. Bien, caballeros. Les dejo. Esta mañana entró en posesión de mi herencia auténtica…, y les aseguro que en estos momentos, todo mi capital en efectivo se reduce a diez guineas escasas.

Rieron los dos hermanos Skratz de buen grado. Peter, el mayor, se ofreció gentilmente:

—Si algo necesita, díganoslo, doctor Harding. Estaré muy

complacido de concederle un crédito con todas las facilidades, si lo precisara. Afortunadamente, no es dinero lo que nos hace falta a mi hermano y a mí… El préstamo que le hiciese, podría devolverlo cuando realmente hubiese usted afianzado su posición social y económica en Alemania, doctor.

—Son muy amables ambos —me sentí conmovido. Peter Skratz era un hombre cordial y generoso, al parecer de carácter mucho más abierto y sociable que su hermano Helmut. Sacudí la cabeza negativamente—. Gracias por todo, pero creo que mi tío Eric me dejó resuelto ese problema de antemano. De cualquier manera, no olvidaré su atención, *herr* Skratz.

—Bah, no tiene importancia —sonrió Peter, apoyándose en el hombro de su hermano. Volvióse el hombre huraño, y le habló con voz autoritaria—: ¿Todo a punto, Max? Bien, vamos ya. Cada día me cansa más bajar al pueblo. Me encuentro más a gusto en mi casa… ¿No vendrá a vernos un día, doctor?

—Palabra que iré —prometí, despidiéndome de ellos y entrando en el Banco, mientras su criado, Max, conducía el carruaje, alejándose ya hacia su propiedad en las afueras.

Me dije que tenía demasiadas ofertas para visitar gente en la comarca: el profesor Wikker en Rhonstadt, los Skratz, Greta Hildern…

—Veremos de dónde saco tiempo libre para todo —suspiré, acercándome a una ventanilla del Banco, donde me identifiqué y mostré la carta de la entidad bancaria.

Me hicieron esperar un corto espacio de tiempo. Luego, el cajero regresó con una serie de documentos que me hizo firmar para, finalmente, tenderme un talonario de cheques y un estado de cuentas, con el número y saldo de la cuenta corriente de Eric Harding, ahora a nombre del doctor Paul Harding.

Miré las cifras del saldo y creí que era un error.

—¡Imposible! —exclamé, aturdido—. Tal vez se equivocaron ustedes… Esta cantidad no puede ser la que me corresponde en la cuenta…

—Doctor, puede ver aquí el saldo que su tío Eric Harding dejó al morir —me mostraron un documento bancario con el visto bueno de mi tío y una fecha determinada. Luego, el cajero me tendió algo —. Pero le falta esto, señor. Tal vez ahí lo expliquen todo…

Miré lo que ponían en mi mano. Era una carta lacrada. Estaba escrita con la caligrafía aguda y clara de mi tío Eric, indiscutiblemente: «A mi sobrino Paul Harding, el día que cumpla su primera semana en Hetzgerstein».

Nervioso todavía, la abrí con dedos que me temblaban. Saqué un pliego de papel. Un escrito mucho más breve de lo que esperaba:

«Querido sobrino:

»Si lees esto, es que habrás aceptado tu herencia y llevarás ya una semana en Hetzgerstein. Te felicito por ello. Has sido muy valiente. Estoy seguro de que así ha ocurrido todo.

»Lamento que te defraude tu herencia. Es todo cuanto poseo. No maldigas mi memoria. No jugué limpio, lo sé. Pero no vendas Hetzgerstein. Sé que hay algo de valor en ella. La casa debe ser conservada. Vive en ella un tiempo más, si puedes. Alguien me dijo que la fortuna auténtica está en ella, si se sabe buscar. Nunca lo entendí muy bien, pero un adivino me lo confirmó un día. Aseguró que si yo no lo hallaba, un heredero mío lo haría. Y necesitaría valor, decisión y paciencia. Te ruego que lo intentes, Paul, muchacho. Tal vez al final… haya valido la pena todo.

»Un abrazo desde el otro mundo. Tu tío,

»Eric».

Releí la carta, disgustado todavía. Luego, miré el saldo de la famosa cuenta corriente que acababa de heredar.

Daba, exactamente, treinta y cinco guineas.

Ése era todo el capital de tío Eric. Mi capital, ahora. No maldije a mi tío, sin embargo. Sentí ganas de reír. Y reí.

Aún estaba riendo, cuando la voz dijo gravemente a mi espalda:

—Doctor Harding, ¿quiere ganarse cinco mil guineas en una semana?

La silenciosa sirvienta enlutada, de blanco cabello recogido en moño a la nuca, sirvió el té en bellísimas tazas de porcelana decorada. Las luces de las ventanas, policromadas por las vidrieras de colores que atravesaban los débiles rayos del nublado sol, caían sobre la bandeja de plata, deslumbrando su reflejo.

—¿Leche, azúcar, limón…? —me ofreció mi anfitrión cortésmente—. Como verá, a la mejor usanza inglesa, doctor. Como, si por un momento, hubiera regresado a Londres.

—Londres… —suspiré—. Me parece tan lejano ahora…, como si

nunca pudiese volver a él.

—¿Añora su tierra, sus gentes? —sonrió la pálida y enjuta faz de Gunther Meinster, desde el otro lado de la mesita de té, tras rechazar yo su leche, su azúcar y su limón, para degustar el té solo, tal y como me gustaba.

—Un poco —admití—. Londres no es un dechado de alegría, pero al lado de Zwickberg…

—Lo imagino fácilmente —rió entre dientes el dueño de la casa, echándose atrás en su cómoda butaca tapizada en terciopelo rojo. Me miró, pensativo.

—Buen té —dijo—. Excelente, *herr* Meinster. Tenía usted razón.

—Siempre me ha gustado el té, aun sin ser inglés… —Tomó un sorbo del suyo, mezclado con leche y azúcar—. Doctor Harding, ¿quiere decirme por qué se ha dignado aceptar mi invitación? Nunca creí que le fuese simpático en exceso.

—Digamos que influyó el té —reí—. Y también sus palabras en el Banco.

—Ya. ¿Las cinco mil guineas?

—Imagino que eso formaba parte de una broma, un señuelo para limar asperezas…

—Se equivoca. Es una oferta en toda regla.

—¿A quién se supone que debo matar? —bromeé.

—No hará falta tanto. Pero sí tendrá algo que ver con…, con un muerto y una tumba, doctor.

Empecé a sentirme inquieto. Meinster era un hombre que predisponía a la incomodidad. Tal vez era un simple prejuicio, por ser descendiente de quien era.

—Una muerte y una tumba… —repetí despacio. Le estudié, intrigado—. Los muertos parecen condicionar en parte su vida, *herr* Meinster.

—Llámeme Gunther —dijo él afablemente—. Quisiera que fuésemos amigos…, aunque usted sospeche que yo me transformo por las noches en un cráneo que anda…, y mata.

—No he dicho eso.

—Pero lo pensó —me estudió con maliciosa expresión, y dejó la taza vacía sobre la mesita—. ¿Sigue extrañado de tan generosa oferta?

—Mucho —asentí—. Cinco mil guineas sí son una verdadera

fortuna, y usted lo sabe. Especialmente, para un hombre que posee una propiedad costosa de mantener… y sólo hereda de su pariente treinta y cinco miserables guineas. ¿Sabía usted eso, para estar en el Banco?

—Lo imaginaba. La situación de Eric Harding no era boyante, ni mucho menos. Y yo lo sabía. Imaginé algo así. Y pensé tentarle con mi oferta.

—Pues me ha tentado —confesé abiertamente—. ¿Qué debo hacer, en realidad?

—Ya se lo dije. Se trata de un cadáver y de una tumba. ¿Ha visto esa especie de túmulo o edificio pequeño, como una minúscula abadía, a espaldas de Meinsterhaus?

—Sí, lo he visto desde mi casa. Y ahora, al venir a la suya…

—Es una cripta. La cripta del barón Konrad Meinster.

—¿El decapitado?

—Eso es. Reposa allí. Sin cabeza, claro está.

Me estremecí. El tema de conversación no era agradable. Pero había cinco mil guineas por medio. Una suma que me costaría años ganar en Londres, en mi consultorio de Harley Street.

—¿Usted guarda el cuerpo del ajusticiado? —revelé sorpresa en mi tono.

—Mi familia lo ha guardado desde entonces. Lo embalsamaron. Una auténtica obra de arte. Reposa en la cripta, esperando recuperar algún día su cabeza para obtener el descanso eterno después.

—¿Quiere decir que… además de decapitado… no permitieron que su cabeza…?

—Eran las cosas de su época. Se decía que un vampiro o un poseso del diablo, si era sepultado con su cabeza, tras la decapitación, volvía a la vida… y se convertía en un monstruo de venganza, destrucción y terror. Se cumplió en él lo habitual. Sin embargo, mi antepasado pudo escribir antes un mensaje en su celda de condenado. No esa maldición que circula de boca en boca, y que quizá él nunca realmente pronunció…, sino un texto para ser grabado en su tumba. ¿Quiere saber cuál es esa inscripción?

—Me gustaría saberlo, sí. Ha logrado usted que me apasione el tema.

—Aún le apasionará más, si le digo que esa especie de propio

epitafio escrito en vida, se relaciona muy directamente con las cinco mil guineas que le he ofrecido.

—En ese caso… ardo en deseos de saber qué dice en su tumba, Gunther.

—Entonces, es bien sencillo: sígame. Vamos a ir a la cripta, si no le importa. Lo verá por sí mismo.

Asentí, poniéndome en pie. Le miré con fijeza, resueltamente.

—Por cinco mil guineas, voy al mismo infierno, Gunther —afirmé.

—Tal vez esa cripta y el infierno… no sean algo muy diferente entre sí —dijo enigmáticamente Gunther Meinster, poniéndose también en pie, para conducirme a la tumba de su siniestro antepasado.

CAPÍTULO VIII

Páginas de un diario (VI)

La cripta

Y la tumba. El mausoleo del barón Konrad Meinster. El decapitado por vampirismo y posesión demoníaca. Ya estaba en sus últimos y eternos dominios. Los de la misma muerte.

Era un recinto circular, por debajo del nivel del suelo. Cinco escalones de piedra gris conducían desde la puerta de hierros y de vidrios de colores hasta el fondo. En su centro se hallaba la tumba. La cripta estaba totalmente destinada a Konrad Meinster.

Se había trazado una escultura sobre la tapa de la sepultura. Me sorprendieron sus rasgos afilados y familiares. A mi lado, la voz de Gunther me hizo estremecer nuevamente:

—Nota el parecido, ¿no…? Siempre he dicho que ambos parecemos iguales… Pero le aseguro que yo no soy la reencarnación de mi antepasado. Vea. Ésa es la inscripción de que le hablaba.

La leí, grabada sobre la piedra blanca de la sepultura:

BARÓN KONRAD MEINSTER

Murió el año 1797, ejecutado por falsas acusaciones de vampirismo

y posesión diabólica.

Así comenzaba. Luego, en caracteres más pequeños, seguía la inscripción de su enigmático texto, dirigido al futuro, sólo Dios y el propio barón sabían cuándo y a quién…

«Sé que reposaré aquí descabezado. Las autoridades que me

decapiten, enterrarán mi cabeza en lugar ignorado. Todo ha sido culpa de dos familias. Una, la mía, por cobardía al permitir esta injusticia. La otra, la que por envidia y codicia me denunció para quedarse con propiedades mías.

»De todos modos, algún día espero que mi cabeza se una otra vez a mi cuerpo. Sólo así reposaré en paz eternamente, y perdonaré a todos. Ese día, mi fortuna personal pasará, por fin, a mis herederos. Mientras tanto… mi alma quizá vague entre vosotros con afán de venganza y de odio.

»Y mi dinero reposará en el Banco, hasta que un médico, como testigo, confirme que es mi cabeza la que en mí reposa al fin por la eternidad».

Seguía una firma grabada en la piedra: la del barón Konrad Meinster.

Alcé mi cabeza. Miré al descendiente del famoso ejecutado. Hice un gesto expresivo.

—Si sus fondos bancarios son como los de tío Eric… —comenté, escéptico.

—No le hubiese ofrecido a usted cinco mil guineas —suspiró Gunther, contemplando pensativo la efigie en piedra de su familiar —. Su fortuna, exactamente, es ahora, tras los años transcurridos, de… ¡doscientas mil guineas, poco más o menos!

Me quedé sin aliento. Era la suma más formidable que jamás había escuchado en labios de alguien. Y Gunther Meinster parecía muy seguro de lo que decía.

—Ese texto no está demasiado claro —dije—. Yo soy médico. ¿Espera que confirme que cualquier cabeza es la de Konrad Meinster? Eso sería un fraude.

—No, doctor. Yo quiero que usted encuentre su cabeza.

Me quedé de una pieza. Le miré, estupefacto. Creí haber oído mal. Pero él sonreía extrañamente, afirmando con la cabeza, como despejando todas mis dudas. Comprendí que había oído perfectamente.

—Eso es absurdo —repliqué—. La cabeza lleva cien años perdida. ¿Quién puede hallarla?

—Usted.

—¿Por qué yo?

—Habita en Hetzgerstein. Es su dueño actual.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Mucho. La cabeza de mi antepasado… reposa en algún lugar de su finca, doctor Harding.

Iba de sorpresa en sorpresa. Le miré fijamente.

—¿Cómo puede estar seguro de eso? De ser así, ya alguien la hubiera buscado antes. Cualquier dueño de Hetzgerstein. Incluso mi tío. Sobre todo, mi tío. No tenía demasiado dinero. Estoy seguro de que se hubiera pasado sus últimos años en pos de esa cabeza, Gunther.

—Usted olvida algo: es una cabeza maldita. Significa la muerte, la sangre y todo eso… —Meinster se acercó a mí y me contempló muy cerca, con ojos centelleantes—. Nadie hubiera intentado jamás buscar esa cabeza. Además, ninguno de mi familia se atrevió a ello por su cuenta. Es el tabú de un siglo. El terror mantuvo atados a los Meinster, a los Skratz, a los Harding o a cualquier otro que hubiese podido pisar las tierras de Hetzgerstein. Sólo yo he perdido el miedo. No temo nada. Ni a nadie. No tengo miedo al barón. Nunca se lo tuve. Ya es hora de que repose en paz. Y pensé en usted.

—¿Por qué malgastar cinco mil guineas en mí? Usted pudo hacerlo con sólo pedirme permiso…

—No es igual. Es su casa, su terreno. Usted puede buscarlo con más calma, con legalidad absoluta… Y, además, es médico.

—Sí, ya he observado eso en el… epitafio del barón. ¿Significa algo preciso?

—Lo significa: usted, como médico, puede identificar esa cabeza. Sin lugar a dudas. Sin equívocos y con plena legalidad.

—¿Yo? —dudé.

—Usted —corroboró—. Por supuesto, la cabeza no pudo ser momificada. De modo que sólo será hoy día un cráneo, una calavera…

Se detuvo. Yo apreté los labios, sin desviar mis ojos de él. Le vi agitarse. A pesar de que no dije nada, en la calma lúgubre de la cripta, prosiguió con mayor énfasis:

—¡Oh, ya sé, ya sé lo que piensa, doctor Harding! No puedo creer esa historia de la calavera… Pero aunque sea cierta, no tiene nada que ver. No sé lo que ello sea, pero dudo mucho que un cráneo humano haga todo eso que le están atribuyendo… De todos modos, le hablaré de un cráneo… El del barón Konrad Meinster. Y

es inconfundible.

—¿Inconfundible?

—Sí. Sufrió una herida en la frente una vez. Y otra en el pómulo derecho. Quebró sus huesos. Actualmente, incluso después de tantos años… se han de ver las dos lesiones. Sobre todo, la de la frente. Hendió casi por completo su hueso frontal entre ambas cejas.

—Eso cambia las cosas. Sólo un cráneo puede ser suyo. ¿Existe certificado alguno que confirme eso para un dictamen clínico exacto? Dada la suma acumulada en el Banco…

—Lo hay —suspiró Gunther Meinster, sacando un documento de su bolsillo—. Aquí lo tiene, doctor Harding. Es un viejo certificado de un tal doctor Krauss… y un anexo actual del profesor Wikker, tras su examen. Puede leerlo para confirmar los detalles.

Lo tomé, examinándolo atentamente. El viejo documento médico casi se caía de puro viejo, y su texto aparecía deslucido por el tiempo. El certificado del profesor Wikker confirmaba aquéllos datos, a la luz de la actual ciencia médica, con un croquis de cómo debería aparecer ahora aquel cráneo, con esas dos heridas perfectamente detalladas por el viejo médico, a finales del siglo anterior.

—Está bien —admití—. Entiendo sus motivos. Buscaré esa calavera, si existe realmente en Hetzgerstein, pero ¿por qué está tan seguro de que está precisamente allí y no en otro lugar?

—Muy fácil. Porque en 1797, Hetzgerstein era un cementerio muy especial… destinado a cadáveres de suicidas, a sacrílegos e infieles, a endemoniados, brujas y gente así… y a cabezas de los decapitados por vampirismo o posesión demoníaca.

Creo que nunca olvidaré los días siguientes.

Ahora, en la distancia del tiempo, no sabría recordar cuántos fueron exactamente. Tal vez ocho, acaso diez… ¿o puede que doce? No, no lo sé. Es difícil concretarlo. Muy difícil para mi borrosa memoria de ciertos hechos de entonces. Quizá porque todo lo que siguió fue tan terrible… que hizo palidecer los horrores previos al desenlace del extraño y alucinante misterio de Zwickberg, la pequeña población perdida en la fría Sajonia, mitad alemana, mitad eslava.

Puede que fuesen, efectivamente, doce días. O sólo ocho. Pero fueron suficientes para mí. Y para mi escaso caudal, sobre todo. No

quise recurrir a la generosidad de Peter Skratz, pese a que él y su hermano Helmut me visitaron en dos ocasiones durante aquellos días, y al ver mis raras excavaciones en las tierras de Hetzgerstein, llegaron a preguntarme si buscaba tesoros escondidos para compensar mi infortunio de heredero. No les respondí, pero en cierto modo, así eran las cosas. Buscaba un tesoro de cinco mil guineas. Materializadas en un pobre cráneo humano con ciertas e inconfundibles señales en sus huesos, posiblemente perdidos ya para siempre en las tierras que ahora formaban una hacienda, y un día fueron cementerio de personas rechazadas por la religión intolerante de su tiempo, o por el puritanismo de ciertas gentes de rígidas costumbres.

Con mi escasa reserva de dinero, soporté relativamente bien esas fechas de búsqueda agotadora, mientras mi servicio me miraba a distancia, con temor supersticioso, persignándose de vez en cuando y creyendo ver en mí, tal vez, a la auténtica encarnación del propio Lucifer o poco menos. No les hice ningún caso, ellos soportaron la situación porque necesitaban su salario y yo, privándome de muchas cosas necesarias se lo pagaba con religiosa puntualidad… y terminé por reunir en un cobertizo trasero de mi finca un auténtico osario estremecedor.

Cadáveres de los que sólo quedaban jirones de viejas ropas mohosas sobre esqueletos sin diferencia entre sí, personas empaladas, decapitadas o torturadas, incluso cuerpos en cuyos huesos se advertían huellas de espantosas torturas dignas de épocas medievales, cráneos hendidos por hachas de verdugos ineptos… Un museo escalofriante de lejanos horrores de más de un siglo… Ya pensaría qué hacer con todo aquello. Un médico y cirujano está familiarizado con muchas cosas lúgubres cuando ha pasado las siniestras experiencias hasta el título y las prácticas correspondientes. Aun así, empezaba a sentirme sumergido en un obsesivo clima de angustia y de macabra inquietud. Empezaba a preguntarme si no estaba haciendo de mi propia vida un contrasentido escalofriante… y de mi brillante carrera londinense un turbio y sucio oficio de profanador de tumbas.

Pero todo eso se olvidó fácilmente. Y se olvidó pronto, además.

Así somos los seres humanos en el fondo. Como cualquier maldito ladrón de tumbas, al hallar mi objetivo me sentí satisfecho.

Y compensado de todos los abyectos excesos a que conducía mi actual codicia, o quizá mi simple necesidad de supervivencia.

De repente, un día… —¿el octavo, el décimo, el decimosegundo? —… un día… lo hallé.

El cráneo del barón Konrad Meinster.

Lo miré. Lo alcé en mis manos, con un estremecimiento, no sé si de gozo, de horror o de angustia, igual que un nuevo Hamlet examinando lo que quedaba de su viejo amigo Yorik, el bufón de la corte.

Sólo que yo no era príncipe de Dinamarca. Ni el cráneo del barón era el de un alegre y divertido bufón. Aquél tampoco era el cementerio de Elsingor, sino mi propia finca.

Pero la calavera entre amarillenta y blancuzca, sucia de tierra, con sus dientes completos, con sus vacías cuencas oscuras, era la de un pobre ser que, un siglo atrás, dejó escrito su póstumo deseo de reposar alguna vez completo en su tumba, con aquello que le fuera quitado por el hacha del verdugo de encima de sus hombros. Era lo menos que se le podía conceder a un hombre muerto. Quité pellas de tierra a aquella calavera. Y, como el sombrío personaje shakesperiano, me pregunté algo sobre la muerte. O más allá de la propia muerte:

—¿Serás tú? —pregunté a mi mudo interlocutor—. ¿Es posible que seas tú mismo aquél a quien yo vi deslizarse sobre el suelo, dejando un reguero sangriento, tras un crimen abominable? ¿Eres tú quien acosó a Greta Hildern, quien mató de terror a mi tío Eric, quien desapareció en el callejón sin salida donde luego se hallaba solamente Gunther Meinster? Realmente, ¿puedo creer en tu maldición, calavera?

Y ella, quieta, inofensiva en mis manos, parecía contemplarme desde su mundo de silencio eterno, sin darme una respuesta inteligible. Sin despejar mis terribles dudas.

Pero, eso sí, mostrando la tremenda grieta en su hueso frontal, la señal de otra herida en su pómulo derecho… Evidentemente, era el barón Meinster. Era su cráneo.

—Cielos… —susurré, casi acariciándolo, limpio ya de suciedad, de tierra, de moho—. Vales para mí cinco mil guineas, barón Meinster. Espero que tu alma sepa perdonar a los que comerciamos con tu eterno reposo…

Me encaminé a la casa, envolviendo previamente el cráneo en un paño oscuro. Estaba seguro de que si los Voss, marido y mujer, descubrían mi fúnebre carga, escaparían de Hetzgerstein como almas perseguidas por el diablo, sin que sirviera de nada el aliciente de un salario para retenerlos allí.

Pero ahora, mientras entraba en la mansión habilitada para residir yo el tiempo que durase mi loca fidelidad a una absurda herencia de mi tío Eric, me decía a mí mismo:

—Tal vez lo que estoy haciendo es lo que quería el joven Meinster… Quizá en vez de dar eterno reposo a un muerto… voy a despertar, de una vez por todas, la maldición misma del barón en toda, su terrible significación.

Cuando entré en la mansión, el cielo se había nublado considerablemente, y unos centelleos, en las alturas, anunciaban la inminencia del temporal. El primer trueno, profundo y ensordecedor, hasta el punto de hacer temblar los cristales, me sorprendió en medio de la amplia sala central, bajo la gran araña de vidrio.

En mis manos, la calavera recién desenterrada, parecía temblar con vida propia, envuelta en la oscura tela.

Y afuera, súbitamente, la lluvia se desplomó torrencial.

CAPÍTULO IX

El odio de una mente extraña

LA tormenta es tan fuerte esta tarde y esta noche…

Llueve torrencialmente sobre Zwickberg. Los truenos retumban sonoramente en las calles, en los campos, sobre las residencias aisladas de las afueras, en los campos, abandonados por los labradores…

Los rayos son como desgarrones de luz, zigzagueando en la oscuridad del cielo ensombrecido y cruel. Es como un poder nefasto y superior, que se desencadena sobre todos nosotros. El clima se hace asfixiante, la atmósfera agobia, casi aplasta.

Y alguien más debe morir. Alguien más de nuestra comunidad. Esta vez debe ser alguien realmente importante, ¿no es cierto, amigo mío?

Pides otra víctima. Y la tienes. Seguro que la tienes, En cualquier parte. En cualquier lugar. Sólo que yo… te ofrezco una especial. Muy especial.

¡Barón Konrad Meinster, al fin vas a comenzar a degustar el odio, el placer de tu venganza implacable! La muerte va a destruir a tus enemigos, uno a uno…

Sí, ése puede ser el primero. Duerme confiado, ignora que el peligro está cerca, que mi voluntad guía tu propio poder vengativo desde más allá de la tumba hasta su persona…

¡Mata! ¡Mata otra vez, cráneo de Konrad Meinster! ¡Mata, barón! Y que tu odio y tu venganza se vean al fin satisfechos en el aquelarre de sangre y de dolor de tus enemigos, de los que simbolizan el mal que te causaron.

Yo te guío. Mi mente te dirige desde la sombra. Tú sales de tu tumba de oscuridad y de sombras, de silencio y de olvido. Tú vuelves al mundo. Y tras el hueso desnudo de tu calavera, de tu mísero despojo aparente, bulle tu poder, tu odio, tu deseo de matar, de destruir… ¡Mata y destruye, amigo mío!

Yo te guío. Lo demás… es obra tuya. Actúa. ¡Actúa ya!».

Muros sombríos temblaban con el fragor de la tormenta. Rayos deslumbrantes centelleaban tras los altos vitrales. Estruendos de apocalipsis hacían vibrar las viejas piedras.

Lluvia a torrentes, batía con furia los campos y las viviendas, los tejados y los muros, las puertas y las ventanas…

Y, de repente, una voz gritó en la noche.

Un hombre murió, brutalmente degollado. Su cuello se abrió en un tajo profundo y sangriento.

Un alarido de horror se quebró en estertor de agonía. Un cuerpo rodó sobre unas escaleras de piedra. La sangre era un caudal tumultuoso, escarlata, escapando de debajo del rostro convulso de un hombre sin vida, de ojos desorbitados y rostro demudado por el pánico y la incredulidad.

Un cráneo, frente a él, parecía reír con risa silenciosa y remota, antes de sumergirse en las sombras de la noche tempestuosa.

Así murió aquella noche Peter Skratz en su residencia cercana a Zwickberg.

Cuando su hermano menor, Helmut, denunció el hallazgo del cadáver al oficial de policía local Otto Lorenz, la tormenta remitía lentamente, y una lívida luz de amanecer asomaba tímidamente entre los negros nubarrones al este del pueblo, allá en tierras eslavas.

Pero todo eso, lo ignoraba todavía el doctor Paul Harding, que tras una noche de agitado sueño y violentas pesadillas, resolvía tomar su cráneo y encaminarse a Meinsterhaus para entregarle al joven y enfermizo Gunther la cabeza descarnada de su desgraciado bisabuelo, el barón Konrad Meinster…

CAPÍTULO X

Páginas de un diario (VII)

YA había amanecido.

Di las gracias a Dios por ello. Mi imagen en el espejo distaba mucho de ser alentadora. Era un rostro pálido, macilento y ojeroso el que contemplaba allí en esos instantes. Como si estuviera enfermo.

Una mala noche podía conducir a esto. La tormenta era lo de menos. Había conocido noches infernales en Inglaterra. Pero nunca con un cráneo como aquél reposando cerca de mí, envuelto en oscuras telas, cerrado bajo llave en mi propio armario. Como si simples llaves y puertas pudiesen detener a las fuerzas oscuras e insondables de ultratumba.

Mis pesadillas habían sido realmente terribles esa noche. Y a ello atribuí, sin mucho error, mi mal aspecto. Mal médico sería si no supiera diagnosticarme a mí mismo con un cierto sentido lógico.

Respiré aliviado al abrir el armario y desenvolver la calavera. Allí seguía lo que quedaba del barón Meinster. El cráneo diabólico, pese a todas las maldiciones, pese a cuanto yo sabía de él, nada había hecho por moverse de su encierro.

—Bien… —murmuré para mí mismo, secando el sudor de mi rostro—. Será mejor entregarlo cuanto antes a su legítimo dueño… y que el barón repose por siempre en paz en su tumba. Lo demás, tal vez fue imaginado por todos nosotros. Y lo de esta noche… sólo sueños.

Sueños horribles, ciertamente. En mis pesadillas había asistido a baños de sangre, a demoníacos desfiles de esqueletos vivientes, a aquelarres con cráneos humanos, a escapadas de terror, junto a una medrosa Greta Hildern.

Ahora, pasada la tormenta, pasada la noche, con el lívido y hosco día ante mí, tras las vidrieras de Hetzgerstein, todo parecía diferente. Los sueños eran sólo eso: pesadillas ridículas, sin sentido.

Y el cráneo del barón era solamente una pieza de eso, como tantas otras de mis estudios anatómicos en Londres…

Cuando me hube aseado, afeitado y vestido, no mejoró demasiado mi aspecto, aunque me encontré algo más presentable y animoso. Recogí el cráneo, lo envolví mejor aún y tomé un maletín ancho de piel oscura, donde guardé la siniestra reliquia. Luego, salí de la casa.

Eran exactamente las siete y media de la mañana. Una mañana húmeda y fría como pocas recordaba yo. Aquel endiablado lugar era mil veces peor que el más inhóspito rincón de Gran Bretaña. Alrededor de la finca, senderos y tierras aparecían enfangados o cubiertos por amplios charcos de agua de lluvia, donde mis botas chapoteaban, al dirigirme a mi vecino, el ocupante de Meinsterhaus.

Tal vez por ser tan pronto, por hallarme en tan solitario y desolado lugar, me sorprendió más aún el rodar del carruaje a mis espaldas, el relincho de un animal, no lejos de mí, y la voz bronca de alguien que, sin embargo, interrogaba muy educadamente:

—Cielos, doctor Harding, qué madrugador… ¿Adónde se dirige ahora tan presuroso, con este tiempo y con el estado en que está el terreno? ¿Puedo llevarle a alguna parte?

Me volví. Reconocí inmediatamente al conductor del calesín. Era el afable y correcto profesor Veit Wikker, del nuevo Instituto Clínico de la vecina ciudad de Rhonstadt.

—Profesor, ¿usted por aquí? —Le miré, sorprendido, y no sé si en el fondo con cierta inquietud, aunque no existiera razón alguna para ello—. ¿Qué se le ha perdido a semejantes horas en tales parajes?

—Quizá no me creería, amigo mío, pero… busco un cráneo —me dijo con toda sencillez—. Un cráneo humano que puede cambiar el curso de vidas y de acontecimientos, doctor… Exactamente, el cráneo del barón Meinster.

Le miré, sin entender demasiado bien sus palabras. Parpadeé. Y de modo instintivo puse a mis espaldas el maletín. Al mismo tiempo, no sé por qué, confesé abruptamente:

—Yo lo tengo. Se lo llevo a Gunther Meinster. Debe reposar para siempre en la cripta del barón, sobre sus hombros…

—¡No! —rugió el profesor Wikker, palideciendo súbitamente,

mirándome con extraños ojos, muy dilatados—. ¡No haga eso! ¡No lo haga NUNCA, bajo ningún pretexto!

Iba de sorpresa en sorpresa últimamente.

Que Meinster me hubiese hecho la fantástica proposición que podía cambiar mi suerte, para encontrar en mis tierras el desaparecido cráneo del barón, ya era extraño. Pero que un hombre como el profesor Wikker actuara ahora de ese modo, presa de una indudable excitación, al conocer el contenido de mi valija, todavía resultaba más inexplicable.

¿Qué tenía él que ver con el cráneo del decapitado? ¿Cuál era su relación con este caso delirante, salvo el hecho, al parecer fortuito, de que mi propio tío Eric hubiera sido conducido, ya enfermo de muerte, a su Instituto Clínico de Rhonstadt, para morir allí, tras confesar el pánico que provocó su colapso?

Sin embargo, su rostro aparecía transfigurado, su expresión toda era una mezcla de miedo, de cólera, de terror acaso. Sus ojos, inteligentes y vivaces, estaban ahora desorbitados, agrandados más aún por el aumento de sus lentes de montura de oro, muy fijos en mi oscuro maletín, abultado por su fúnebre carga.

—No le comprendo, profesor —atiné a decir yo, tratando de eludir, no sé por qué, su proximidad—. Esto no nos pertenece a nadie. Es un acto de piedad, de humanidad incluso, devolver a los muertos lo que es suyo, permitir que aquello que formó un solo cuerpo en vida, vuelva a unirse ahora, en la muerte, tras tantos años de espera en una tumba…

—No, doctor… —Lívido, crispado, se erguía en el pescante, ante mí, como un demonio o quizá como un ángel vengador—. Por el amor de Dios, no haga eso… Sería desencadenar definitivamente el mal en estas tierras, devolver al barón Meinster todo su diabólico poder…

—Profesor, ¿le comprendo bien? —retrocedí ante él, impresionado por su aspecto—. Usted es un hombre de ciencia. No puede hablar de… de viejas leyendas, de supersticiones ridículas. Ocurra lo que ocurra en este lugar, no puede ser una triste calavera humana la responsable real de toda esa sangre, de todos esos crímenes…

—Doctor Harding, usted es sólo un forastero, un extraño…, un advenedizo, a fin de cuentas —jadeó el profesor Wikker, saltando

ahora del pescante y situándose ante mí, erguido y solemne como podía aparecer un inquisidor implacable de otros tiempos, acaso uno de aquéllos como los que acusaron al barón de vampirismo y de posesión demoníaca—. Usted ignora qué formas siniestras y terribles puede adoptar el mal, qué poderes ocultos y diabólicos puede un hombre que se vendió a Satanás, manipular a su antojo, en vida o en muerte, más allá de todo lo conocido.

—Profesor, usted es médico, no exorcista —protesté—. No puede admitir ciertas cosas, por mucha que sea su fe en lo oculto, en lo ignorado. Deje que siga mi camino, se lo ruego. No olvide que vivimos ya en los finales del siglo XIX, y que en estos tiempos, hablar de brujerías y de poderes diabólicos suena un poco a cuento de hadas…

—¡Escuche esto, doctor Harding! —rugió en ese momento el profesor Veit Wikker—. ¿Por qué cree que solicité ser destinado a un miserable centro sanitario de esta triste y olvidada región maldita? ¿Por qué supone que un hombre de mis conocimientos en medicina y en otras ciencias que usted desconoce, se ha enterrado voluntariamente en vida, sujeto a una gris condición pueblerina… si no es para IMPEDIR que el barón recupere su cabeza y, con ella, sus poderes nefastos de siervo de Luzbel? ¡Yo, Veit Wikker, descendiente directo del inquisidor Wikker, juez y ejecutor de la sentencia por la que el barón Konrad Meinster fue decapitado, estoy aquí para impedir que, una vez más en nuestro mundo, Satán resulte triunfador! ¡Y estoy dispuesto a todo por evitarlo!

Y antes de que yo pudiera imaginar siquiera cuál era su tremenda fuerza física, cuál el poder casi sobrehumano que le guiaba en su fanática decisión, el profesor Wikker saltó sobre mí y, bruscamente, me arrancó de las manos el maletín, golpeándome de modo imprevisible en un hombre de su débil aspecto físico. Tan imprevisible, que rodé por el fango, derrotado estúpidamente sin siquiera luchar… y él saltó a su carruaje de nuevo, riendo como un poseso, sujetando en una mano el maletín y aferrando con la otra las riendas del carruaje, que emprendió veloz carrera por los senderos empantanados, en aquella mañana turbia, sombría, fantasmal de luces y de sombras. El carruaje, como un vehículo del Averno, se alejó en tanto yo me incorporaba, desolado, vencido y humillado, contemplando estupefacto la figura erguida del profesor,

tétrica y poderosa como la de una fuerza superior a lo humano. Como la misma energía indómita y cruel que movía sus actos, dictados por una estirpe de inquisidores, verdugos y jueces inexorables de lo diabólico.

—Dios del cielo… —susurré para mí, entristecido por el cadáver del barón y por mis cinco mil guineas perdidas, que todo hay que decirlo para ser sinceros—. ¿Es que todo el mundo en Zwickberg se ha vuelto loco?

No tenía ninguna posibilidad, a mi juicio. Pero corrí en pos del carruaje, por mi propio pie, camino de la población, adonde parecía dirigirse el profesor Wikker, tal vez solamente para bordearla, en su camino hacia Rhonstadt y su Instituto Clínico.

Estaba seguro de que su propósito era destruir para siempre la calavera del barón Meinster. Y yo no podría evitarlo.

Pero lo cierto es que lo que no pude evitar, es que el cráneo cobrara una nueva víctima, bajo la brumosa luz de la mañana fría y desapacible.

Porque cuando hallé al profesor Wikker… él estaba muerto.

Y el cráneo me contempló con una mueca siniestra y terrible, petrificada en su rostro de blanquecino hueso, desde el barro. Con gotas de sangre sobre su blancura marfileña.

Gotas de sangre en unos dientes, en unas cuencas vacías…

Creo que jamás sentí tanto horror como en ese momento. Ni siquiera cuando a mis oídos llegaron voces acusadoras. Voces inquietantes, que provocaron un escalofrío instintivo en mí al comprender la magnitud de su significado. Y las siniestras posibilidades de sus consecuencias…

—¡Allí! ¡Allí está el doctor Harding! ¡Allí está el extranjero maldito, el endemoniado siervo del barón Meinster! ¡Miradle! ¡Está junto a un cadáver ensangrentado! ¡Ha matado a otra persona! ¡Ha matado al profesor Wikker, mirad!

Alcé mis ojos, alucinado, contemplando a la masa de hombres y mujeres, campesinos en su mayoría, rústicos aldeanos de Zwickberg, armados con hierros, horcas de madera, objetos contundentes y alguna que otra hoz centelleante, capaz de degollarme a mí del mismo modo que estaba degollado el cadáver del profesor Wikker…

Otra voz gritó entre las demás:

—¡Matadlo! ¡Destruid al extranjero vendido al diablo! ¡Muerte para el doctor inglés! ¡Es un endemoniado como el propio barón, todos lo sabemos ahora! ¡Muerte! ¡Venguemos a todas sus víctimas! ¡Recordad cómo asesinó esta misma noche al infortunado Peter Skratz en su mansión! ¡Cómo mató a los demás, a las pobres mujeres, a su compañero de viaje! ¡Maldito médico extranjero, muerte para él y sus poderes diabólicos!

Yo no podía entenderlo. Ya no entendía nada. Pero ahora sabía que el bueno de Peter Skratz, el hermana de mi albino y caballuno compañero de viaje, Helmut Skratz, había sido víctima también de aquel delirio de sangre y de horror, quizá pocas horas antes…

Supe eso… y supe que aquella horda de gente enloquecida de odio, de superstición, de terror y de ancestrales ignorancias, venía hacia mí para lincharme sin piedad, pensando que yo era culpable de todo, que yo debía morir, para que la maldición terminase en Zwickberg.

Era inútil razonar con ellos. Era inútil todo cuanto pudiera intentar. Y difícilmente escaparía de todos ellos.

Aun así, quedaban pocas cosas por hacer. Y entre ellas, no figuraba el permanecer allí y esperar a dialogar con ellos. Era un diálogo imposible. Me lincharían antes de que pudiera convencer de nada ni siquiera a uno solo de ellos.

De modo que eché a correr. Intenté escapar.

Y, no sé por qué, tomé conmigo el abierto, maletín desde donde me contemplaba la mueca siniestra del cráneo salpicado por la sangre que chorreaba del abierto cuello del profesor Wikker. Cerré la valija como pude, sin cesar de correr a campo traviesa, sobre fango y charcos. Perseguido por una humana jauría enfurecida, que sólo se calmaría con la muerte.

Con mi muerte.

CAPÍTULO XI

Páginas de un diario (VIII)

NO sé cómo hubiera terminado mi desesperada situación si no llega a ser por ella.

Y ella era… Greta.

Greta Hildern apareció ante mí como una visión celestial, como un verdadero ángel salvador, cuando peor era mi situación y más desesperado mi inmediato futuro.

Un ángel rubio que acaso resultara un poco regordete para ser tal, pero que me pareció la esbeltez y la perfección humana personificadas, cuando la vi surgir ante mí, y hacer gestos rápidos, desesperados.

—¡Por aquí, doctor, por aquí, pronto! —me siseó.

Miré atrás. La horda se había perdido de vista un instante, tras un bosquecillo de desnudos árboles, pero no tardaría en reaparecer, cada vez más cerca de mí. Delante de mí unos montículos abruptos me ofrecían difícil acceso.

Y a un lado, había aparecido un caballo con Greta Hildern en su grupa, llamándome con sus brazos en apremiantes gestos. Corrí hacia ella, y salté a la grupa también, sujetándome a su cintura, mucho más breve de lo que sus amplias caderas permitían suponer. Creo que nunca rodeé una cintura de mujer con más placer que en esos momentos. Y no había en mis ideas, al menos de momento, absolutamente nada pecaminoso.

Greta espoleó con sus talones a la montura, que se adentró tras los montículos, saltando a una zanja profunda que corría en torno, para ocultarse a ojos de mis enloquecidos perseguidores.

Greta era una experta amazona. Y se conocía muy bien los recovecos y atajos de aquel paisaje desolador y angustioso que nos rodeaba. Tras salvar unas amplias zonas encharcadas, enfiló una vaguada, y tras ella, en unos resecos cañaverales, entre espeso fango, me señaló un punto determinado con mano enérgica.

—Mire, doctor —dijo—. Hemos llegado. Ahí estará a salvo por el momento…

Lo que señalaba era una cabaña, una choza de pastor, entre peñascos y brezos. Alrededor nuestro, el silencio y soledad eran totales. El aire agitaba allí las ropas y los matorrales, removiendo nuestros cabellos. La neblina húmeda parecía formar volutas de humo blancuzco sobre el agrio paraje.

—¿Cree que no nos encontrarán aquí, Greta? —dudé.

—Estoy segura que no. Ellos ignoran que yo utilizo a veces esta choza. Por esta parte acostumbra a pasar poca gente. Sólo los campesinos de tierra adentro, y ésos no son como la gente del pueblo. Ni siquiera deben saber lo que ocurre en Zwickberg, doctor.

—Eso, ni siquiera yo mismo lo sé —resoplé, saltando a tierra. Elevé mis brazos para ayudarle a ella, aunque sabía que no lo necesitaba. Se dejó tomar, sin embargo, y la descendí a pulso. No pesaba tanto como pudiera parecer. Su carne era prieta y firme, sin grasas superfluas. Puro músculo bajo las toscas telas de sus ropas de pueblo. Mis manos, en su cintura, subieron al hacerla descender a ella. Las retiré vivamente cuando sus pies tocaron tierra.

—Todos parecen haberse vuelto locos —murmuró ella, tras dirigirme una mirada con los párpados entornados, ensoñadora. Y echó a andar ante mí, mostrándome el camino—. El oficial Lorenz quería detenerles, ser él quien le arrestara, pero… la turba le dominó y se hizo dueña de la situación. Es algo terrible.

—Pero ¿por qué? —susurré—. ¿Qué es lo que sucede para que esa gente crea que yo tengo algo que ver en todo este asunto? ¿Por qué perseguirme a mí?

—¿De veras no lo sabe? —Ella me miró, pensativa, deteniéndose junto a unos matorrales.

—Cielos, ¿cómo quiere que lo sepa, Greta? —La estudié, alarmado—. No pensará también usted que yo pueda…

—No, no —rechazó, moviendo su rubia cabeza. Respiraba agitadamente por la carrera a caballo, y tal vez por la agitación. Bajo la blusa liviana, su seno se agitaba de un modo turbador—. Si fuera así, no estaría ahora aquí. Apenas supe lo que ocurría, me adelanté a ellos, por los atajos, para venir en su busca. Doctor, las pruebas contra usted son peligrosas.

—¿Pruebas? —repetí, asombrado—. ¿Qué clase de pruebas? ¡Yo

no tengo nada que ver con todo eso! Ni siquiera… ni siquiera sabía que el pobre Peter Skratz murió asesinado… Él era una excelente persona. Llegó a ofrecerme ayuda, dinero y cuanto necesitara…

—Sí, lo sé. Peter era una gran persona. Su hermano Helmut, aún no lo sé. Llevó tanto tiempo lejos de Zwickberg… Pero él también parecía convencido de su culpabilidad, doctor Harding. Alentaba a la masa para su linchamiento, aunque creo que no se unió a ellos y optó por quedarse junto al cadáver de su hermano…

—Dios mío, es para volverse loco —me detuve ahora yo, justo ante la pequeña cabaña—. ¿Qué ha podido suceder para que piensen así todos ellos?

—El viejo doctor Heinrich encontró algo, doctor. Y usted sabe cómo es él. Tiene envidia de usted, cree que puede quitarle su trabajo, sus clientes. Además, como todos los viejos de sitios pequeños y olvidados, tiene una inevitable xenofobia contra todo lo extranjero… Al encontrar él su diario, doctor Harding, en vez de llevárselo al oficial Lorenz, optó por leerlo en voz alta al populacho, y eso excitó los ánimos…

—¿Mi diario, dice usted? —Parpadeé, asombrado—. ¿Qué diario, Greta?

—¿No escribió usted acaso unas páginas de un diario, doctor? —me preguntó ella a su vez, fijando sus bellos ojos en mí, antes de abrir con una llave que extrajo de entre su escote, la puerta de la choza—. Un diario escrito mitad en alemán, mitad en inglés…

—Escribo un pequeño diario, ciertamente —asentí—. Sobre todo, desde que llegué a Zwickberg, pero… lo tengo en mi casa. Y no creo que su texto pueda irritar a nadie, y menos aún… provocar este caos, Greta. ¿Qué quiso decir con eso?

—Tal vez no sea el mismo diario, no sé —se encogió de hombros, invitándome a entrar—. Lo cierto, doctor, es que hay UN diario en poder de la multitud, que luego ha pasado a manos del oficial Lorenz, cuando ya era demasiado tarde para frenar a la gente enfurecida. Ese diario, según creo, figura con su nombre manuscrito. Y habla de crímenes…

—¿Crímenes?

—Sí —Greta suspiró, cerrando tras de sí la puerta. Luego, encendió un quinqué situado sobre una pequeña y destartalada mesa, en la única estancia cuadrangular, sin otra abertura que la

puerta recién cerrada—. Lo curioso es que no habla de crímenes ya cometidos, sino que detalla todos aquellos que SE VAN a cometer. Están todos: las chicas, Skratz… Y quien escribió ese diario, habla de… de la calavera del barón Meinster como de algo vivo, que él puede controlar a voluntad, que él dirige para matar a quienes elige…

Me estremecí, contemplando a la hostelera, mi providencial salvadora en aquella extraña, delirante situación. Respiré hondo, contemplando los dos taburetes, la mesa, la tabla única, alargada, casi a ras del suelo, con un jergón de paja en ella para usarla como camastro…

—¿Está segura de eso? —quise saber.

—Muy segura —afirmó ella—. Oí leer párrafos en voz alta. Luego, lo examiné en la oficina de Otto Lorenz antes de resolverme a venir aquí a toda prisa en busca suya, doctor…

—Gracias, Greta —la miré con auténtica ternura y emoción—. Gracias por todo. De no ser por usted, estaría muerto ahora, linchado por aquella jauría enloquecida… ¿Por qué lo hizo? Apenas si me conoce. Debió de pensar que yo era culpable si llegó a leer ese diario. ¿Por qué no pensó como los demás?

—No…, no lo sé —confesó ella abiertamente, mirándome con profundidad a los ojos—. No sabría explicárselo, doctor, pero usted me gustó desde que llegó a Zwickberg. Me pareció noble y honrado. Todo un caballero. Luego… creo que me salvó una vez, o cuando menos lo intentó, al irrumpir aquella noche en mi fonda… Lo cierto, fuese como fuese, es que no he podido creerle culpable. No sé la razón, pero me pareció que aquello… no pudo escribirlo usted. Que no posee poderes para dirigir un cráneo contra la gente…

—Pensó bien, Greta. No poseo esos poderes. No escribí ese diario. Es falso. Preparado para acusarme. ¿Dónde hallaron ese escrito?

—El asesino de Peter Skratz debió luchar con éste antes de llegar la muerte Lo perdió en la lucha. Estaba manchado de sangre, cerca del cadáver, en una rendija, entre dos piedras del salón de su casa donde halló la muerte… El doctor Heinrich lo halló al examinar el cadáver… y se apresuró a hacerlo público.

—Entiendo —fruncí el ceño—. De modo que no todo en este lugar es sobrenatural ni de ultratumba, Greta…

—¿Eh? —Ella me miró, inquieta—. ¿Qué quiere decir, doctor?

—Nada… —Paseé hasta el camastro, donde dejé el maletín y me acomodé, pensativo—. El diario con mi nombre… La acusación… El linchamiento… Los crímenes… Puede que no todo se le deba achacar al infortunado barón Meinster… Es posible que él repose en su tumba, bien ajeno a esos horrores, contra lo que suponía el fanático profesor Wikker, y contra lo que supone casi todo el pueblo… Greta, debo revelarle algo.

—¿A mí? —ella me contempló con cierta sorpresa—. No tiene por qué darme explicaciones, doctor. Solamente soy una mujer que cree en usted.

—Lo sé. Y eso es lo más hermoso que pudo sucederme —palmeé el maletín cerrado, depositado junto a mí—. Sin embargo, esto debe saberlo, Greta. No quiero que lo descubra por sí misma y pueda interpretar mal las cosas…

—¿A qué se refiere?

—A lo que contiene este maletín —lo señalé—. No es instrumental de médico precisamente. Llevo algo por lo que el joven Gunther Meinster me ofreció cinco mil guineas.

—¡Cinco mil guineas! —Abrió mucho sus ojos—. Eso es… mucho dinero, doctor.

—Lo es. Esto es muy valioso para él, sin embargo. Hasta ahora he pensado que llevaba conmigo un horror viviente. He llegado a creer, Greta, como todos sus conciudadanos, en la existencia de poderes sobrenaturales en Zwickberg, en aparecidos y en fuerzas de ultratumba. Ahora es distinto. La razón se impone. Lo que llevo aquí es tan inofensivo como el propio maletín. Y, sin embargo, es, ni más ni menos, el auténtico cráneo del barón Meinster.

—¡Dios del cielo, no! —Se persignó ella, rápida, apartándose demudada de mí y del maletín, que contempló con un horror sin límites—. No es posible. Si usted lleva eso, es que usted…

—No, Greta. Yo, no. No tengo poder alguno sobre esa calavera. Ni ella tampoco lo tiene. Sencillamente, es algo que falta de un cadáver, y debe ser sepultado con él. Ahora sé que había una mano criminal tras todo lo que sucede en Zwickberg. Está claro como la luz, Greta. Nada de supersticiones, nada de horrores del más allá. Sólo un asesino. Un asesino que todos conocemos. Que tenía un motivo para matar. Y un motivo para falsear unas páginas del diario

con mi nombre…

—¿Qué quiere decir? —Parecía menos asustada ahora por el maletín y su contenido.

—Greta, la cosa está clara. Hasta ahora han jugado con una leyenda, con una superstición que ayudaba al criminal en sus propósitos. Todo el mundo creería en la maldición del barón Meinster, sin pensar nunca ni lo más remotamente, que una mano humana actuase en la sombra. Sin ningún cráneo humano como ejecutor, sino sólo como escenografía, como truco en la escena. Posiblemente un simple mecanismo rodante, una falsa calavera dotada de un resorte, movida por hilos en la noche, y derramando sangre de algún depósito situado en su interior… Una farsa absoluta. Una mentira. La verdadera calavera del barón Konrad Meinster nunca estuvo desenterrada hasta que yo la encontré en Hetzgerstein movido por la recompensa ofrecida por su descendiente. Y en la sombra, en todo momento, tras esa falsa calavera, destinada a impresionar a los posibles testigos de esas muertes violentas, unas manos criminales actuando, un arma fácil de ocultar, acaso un muy delgado y afilado cuchillo, que podría hundirse en su empuñadura mediante otro resorte… Un ser muy hábil quien manipuló los medios para llegar a esos crímenes.

—Pero ¿por qué matar? ¿Qué ganaría nadie con esa orgía de sangre, doctor, a menos que se trate de un loco, de un enfermo mental?

—No, Greta. No se trata de ningún loco, diría yo. Es una persona que tiene un motivo concreto para matar. Pero no para matar A TODOS los que mató, sino única y exclusivamente, a UNO de ellos.

—¿Qué significa…?

—Significa, Greta, que los demás crímenes eran inútiles. Monstruosamente inútiles, pero a nuestro personaje no le preocupa matar a dos, a cuatro o a cien, si con ello obtiene lo que se propone. Igual que creó la farsa de una falsa calavera asesina, ideó lo demás. Es cruel, despiadado…, pero inteligente. Muy inteligente. Y planeó matar a unas cuantas personas, simplemente al azar.

—¡Eso… eso es horrible!

—Horrible, sí. Horrible es todo en este asunto, Greta. Es una monstruosidad todo lo de esa extraña, retorcida mente, imaginó para su crimen casi perfecto… Y todo comenzó, naturalmente, con

mi viaje a Zwickberg. La primera víctima fue un compañero de viaje, un eslavo llamado Zoltan Vary, que nada tenía que ver con el asunto. La maldición del cráneo viviente empezaba. El barón Meinster se vengaba de los que le condenaron. ¿Por qué precisamente ahora? ¿Por qué en personas como el eslavo o como esas pobres mujeres? La respuesta es muy sencilla: porque no pudo ser antes, ya que todo comenzaba justamente en ese momento, según lo proyectado. Justo al llegar yo a Zwickberg. Eso hace más verosímil la historia de mi falso diario y todo lo demás.

—Pero nadie podía saber que usted venía a Zwickberg, doctor Harding…

—Sí, Greta. Alguien lo sabía muy bien. Porque esa noche, no sólo llegué yo a esta ciudad. Alguien más venía conmigo. Alguien que sí se quedaba a vivir en Zwickberg sin duda alguna, y que durante el camino se enteró de que yo venía a residir en Hetzgerstein…

—¡Helmut Skratz! ¡El hermano de Peter! —gritó ella roncamente.

—Eso es: Helmut Skratz. El hermano de Peter…

—Pero… pero él no puede ser… el asesino. ¡Estaba aquella noche en la fonda con todos nosotros… cuando mataron en la calle a Roszy Bormann!

—Su gran coartada —reí entre dientes—. Helmut Skratz, el hermano menor, sin derecho a herencia, por no ser primogénito, vuelve arruinado a Zwickberg, a pedir ayuda a su generoso hermano. Peter se la ofrece, como a todos. Pero Peter es rico, inmensamente rico. Y su hermano Helmut ha debido dilapidar su parte en una vida desenfrenada… ¿Por qué no ser el amo de todo en vez de mendigar ayudas? Y así llega el plan destinado solamente, en realidad, A MATAR A PETER SKRATZ…

—Pero ¿y la coartada? Él no pudo matar a Roszy Bormann…

—No. Él no la mató. Tenía ayuda para eso.

—¿Ayuda?

—Seguro que hay un cómplice. El que recoge el cráneo, sin ser visto ni advertido, sin despertar sospechas… Ése cómplice mató a la campesina. Helmut mató a la comadrona, a Vary, el eslavo, mientras caíamos. En alguna parada anterior debió aflojar el eje de la rueda. Sólo esperaba el momento de la caída… El arma la

ocultaría como dije. Tal vez parezca sólo un bastón o cosa parecida. Creo recordar que Skratz llevaba uno en su equipaje… Luego, mata a Skratz. Y finalmente a Wikker, a quien encuentra por el camino hoy mismo…

Levanté los ojos bruscamente. Miré a Greta, que me escuchaba con gesto de horror.

—Dios mío, ¿cómo podrá convencer de eso al oficial Lorenz, doctor? —musitó.

—No lo sé. Greta —murmuré roncamente—. Me temo que de ninguna manera… ¿No ha oído ese ruido en la puerta? Nos hemos metido por nuestro propio pie en una trampa mortal…

Ella alzó la cabeza, atemorizada. Me miró. Luego, creyendo entender, miró a la puerta de la choza. Y gritó agudamente, llena de terror.

La puerta se abrió con un chirrido.

Helmut Skratz y su criado, Max, el hombre huraño, aparecían en el umbral. Ambos empuñaban armas blancas. El criado, una hoz centelleante. El albino, caballuno, alto y enlutado Helmut, un estoque afiladísimo, de delgada hoja, desenfundado ahora de lo que a simple vista parecía un negro bastón.

Nos miraron con una mueca siniestra, complacida. Helmut habló:

—He escuchado el final de su relato, doctor Harding —dijo—. Le felicito. Ha adivinado totalmente la verdad. Le presento a Max, criado de mi pobre hermano. Él es mi auxiliar. Mi cómplice. Aceptó encantado la tarea cuando se lo propuse una vez… y le envié aquí para que se colocara de criado de mi hermano. Peter jamás sospechó de él… ni de mí. Hasta que me vio degollarle. Como ahora voy a degollar a ustedes dos. Así terminará la triste maldición de la calavera del barón Meinster…

Y soltó una agria carcajada.

CAPÍTULO XII

Final de un diario

GRETA se abrazó a mí. No le servía de mucho, pero su instinto seguía haciéndola creer que yo era su protector. La tomé contra mí, aun sabiendo lo inútil de todo esto.

—Calma, Greta —susurré, pegado mi rostro al de ella. Sentí su suave piel de melocotón, la firmeza de su busto, las palpitaciones de su carne cálida, estremecida por el miedo—. Todavía no estamos muertos…

—Lo estarán enseguida —aseguró Max, con siniestra entonación, avanzando hacia nosotros con su hoz en alto—. Será tan fácil como en anteriores ocasiones…

Le vi venir. Su amo guardaba la puerta con su estoque capaz de segar cabellos en el aire. Dos armas mortales al servicio de unos asesinos implacables. Helmut era muy listo, no había duda. Debió seguir nuestro rastro, vigiló a distancia, utilizó atajos, no se mezcló con la turba… Todo medido, calculado en sus mínimos detalles. Sentí una fría ira contra mí mismo por estúpido.

—Esta vez no necesitarán calavera falsa —dije fríamente—. Está ahí la del auténtico barón Meinster, en mi maletín… Completará su escenografía, Helmut.

Sorprendidos por mi afirmación —tal vez al matar a Wikker no llegaron a descubrir el maletín abierto y la calavera dentro, dada la premura de sus actos—, ambos miraron hacia el abultado maletín, captando entonces la forma casi esférica de su contenido, bajo el terciopelo oscuro. Acaso por vez primera les impresionó la proximidad de aquello con lo que estaban jugando impunemente. Max vaciló un segundo. Helmut Skratz descuidó la vigilancia.

Salté sobre el maletín. Lo aferré, cuando ya Max reaccionaba, tirando un tajo de la afilada hoz contra nuestros cuellos. Silbó el acero en el aire, cuando yo soltaba el maletín, con violencia, contra su hoz y su rostro. El cráneo de Meinster sonó sordamente, al

desviar la hoz, desprendiéndola de su mano, y chocar de frente con su cara. La nariz de Max chorreó sangre.

Skratz maldijo, precipitándose sobre nosotros, su estoque a punto de degollarnos. Greta actuó a su vez, tirando el quinqué contra Helmut. Se rompió en su cara, y el petróleo y la llama del mismo se extendieron sobre sus albinos cabellos, prendiéndolos fácilmente.

Aulló el asesino al sentir abrasada la piel. Max, que ya corría a recuperar su hoz, rugiendo como una bestia herida, se detuvo tratando de ayudar a su amo. Fueron dos o tres segundos de indecisión que aprovechamos Greta y yo para salir corriendo, tomados de la mano, al exterior de la choza.

—¡Imbécil, no me ayudes a mí! —aulló Skratz, con voz dolorida—. ¡Ya apago yo todo esto! ¡Tú ve tras ellos, mátalos! ¡Mátalos inmediatamente, Max!

Y se lanzó éste, con su hoz implacable, en pos de Greta y de mí.

Sin duda nos hubiera alcanzado tras terrible persecución. Pero se sorprendió al vernos allí, parados, abrazada la hostelera a mí. Y ante nosotros, descubrió Max al oficial Lorenz y los cuatro o cinco hombres armados que venían con él.

Max vaciló, con gesto furibundo. Luego, nos señaló con la voz fulgurante:

—¡Son los asesinos, oficial! —rugió—. ¡El señor Skratz y yo los hemos encontrado, y ya se nos escapaban!…

El oficial Lorenz le miró con fría tristeza. Hizo un gesto a sus hombres. Las armas se alzaron. Los fusiles apuntaron a Max y a la cabaña.

—Es inútil que traten de engañarme —dijo con voz sorda—. Ya sé la verdad. Toda la verdad. Su hermano, Helmut, no confiaba demasiado en usted, pese a todo. Había descubierto que Max era un criado enviado por usted desde fuera de Zwickberg… para planear su muerte. Sólo que no esperaba que fuese tan rápida.

—¿Cómo sabe eso, oficial? —pregunté, aliviado.

—Hemos encontrado una carta de Peter Skratz, depositada ante notario, para abrir en caso de muerte violenta. Allí acusa a su hermano de muchas cosas turbias. Temía por su vida. Sólo me basta eso… y haber sorprendido esta escena cuando le buscaba a usted, doctor Harding… para decirle que Max, el criado, usó el truco de la

calavera con su tío Eric, matándole del susto. También eso lo sabía Peter, pero no podía probarlo. Tenía miedo a Max y resolvió escribirlo por si algo le sucedía a él…

—De modo que Max hizo su primer ensayo con tío Eric, matándole… —Sacudí la cabeza con horror, mientras los hombres del oficial de policía se hacían cargo de Helmut y de su esbirro—. Fue igual que asesinarle…

—Fueron muchas muertes. Demasiadas —suspiró Lorenz—. Ambos pagarán en la horca, no hay duda…

Pagaron en la horca.

Lo supe cuando ya estaba de viaje de regreso a Inglaterra. Sólo que no volvía en solitario, como en mi viaje de ida. Esta vez me acompañaba una bella y rubia señora Harding. Greta Harding para ser exactos.

Su fonda se había vendido. Ella abandonaba Zwickberg. Yo también.

Ya en Londres, reanudé mi antigua vida de médico cirujano. En una cripta de Zwickberg, un barón Meinster descansaba en paz, su cabeza sobre los hombros. Su descendiente era muy rico. Y yo iniciaba una nueva vida con Greta. Y con cinco mil guineas, que eran un buen principio, después de todo.

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas críticas y entrevistas cinematográficas, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, Sexy Cat y El pez de los ojos de oro.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] Calle londinense muy conocida, dedicada en especial a consultorios médicos, incluso actualmente. En ella siempre se instalaron médicos de prestigio, y hoy día los más caros de la ciudad. < <